

# LA ILUSTRACIÓN CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 3 — Madrid 25 de Enero de 1880.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Tres meses.....	11 fr.
Seis meses.....	21 »
Un año.....	42 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

## SUMARIO

TEXTO.— *La Decena*, por Blas.— *Crónica universal*, por X.— *Los grabados*.— *Carta de Roma*, por D. J. M.— *La desamortización considerada en su aspecto artístico*, por do. José María Antequera.— *La emigración (conclusión)*, por D. Vicente Aspa.— *A la Virgen del Perpetuo Socorro*, por D. Francisco Navarro Villoslada.— *La gota de agua*, por D. Antonio Guerola.— *Error grosero*, por D. J. Federico Muntadas.— *Consideraciones generales sobre la religiosidad de la isla de Cuba*.— *Bibliografía*.— *Conocimientos útiles*.— *Advertencias*.  
GRABADOS.— *Ábside de la nueva iglesia de las Siervas de María y ministras de los enfermos en esta Corte*.— *Excelentísimo Sr. D. Francisco de Cubas y González Montes, Marqués de Cubas, Arquitecto del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús*.— *Los ferrocarriles subterráneos en Londres*.— *El Asilo de San Golarado en los Alpes*.

## LA DECENA

COMIENZA la de hoy bajo los más felices auspicios para los que hemos hecho profesión de católicos: por la primera fiesta movable del año, en la que se solemniza el *Dulce Nombre de Jesús*.

No hay, en efecto, nombre más dulce á los labios y al oído del cristiano que el de *Jesús*.

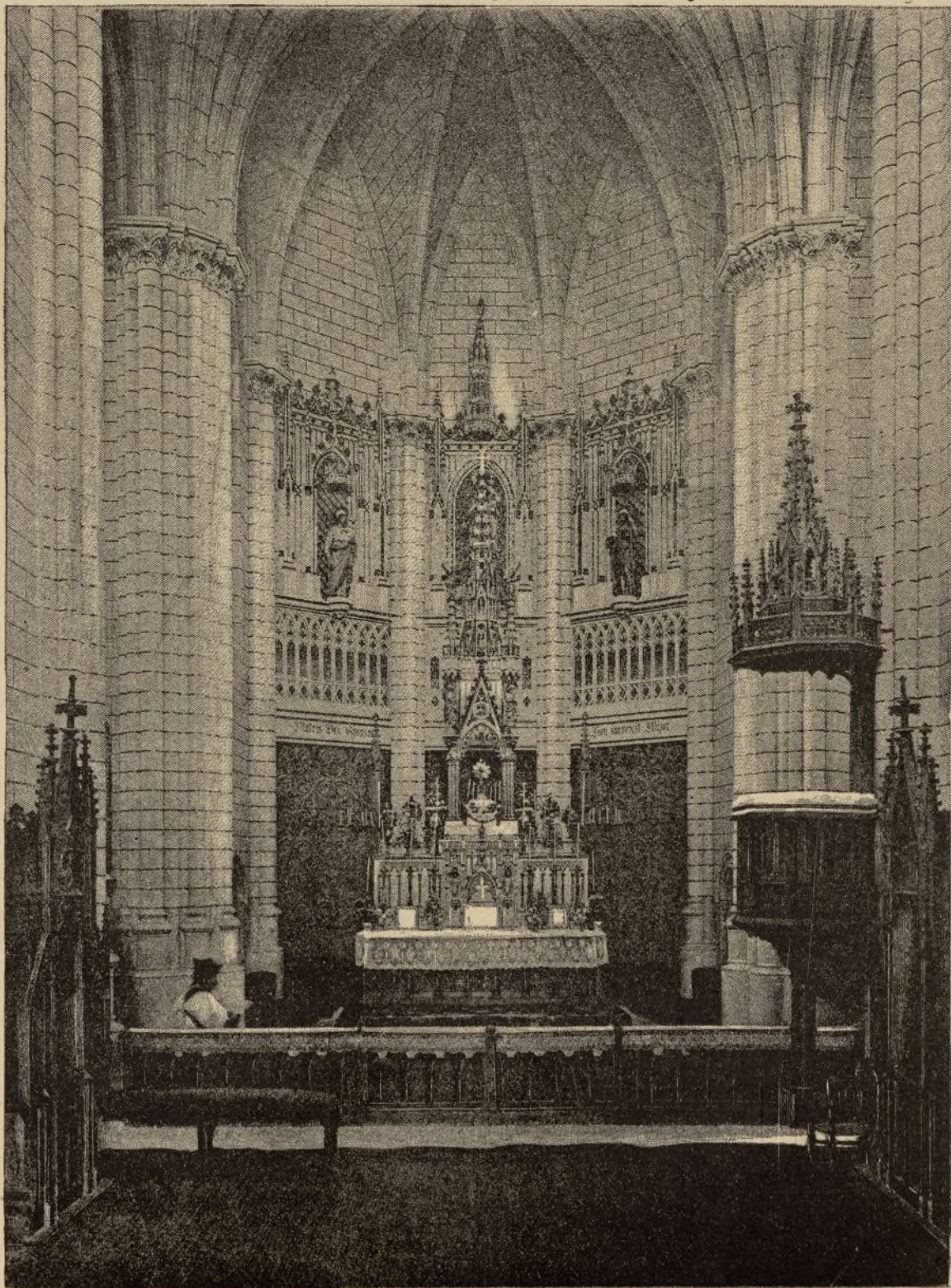
No hay tampoco nombre que esté más en el oído y en los labios de los que nos llamamos cristianos. Pero ¡ay! que á fuerza de querer sublimarle por medio de la palabra, no pensamos en hacerle descender á los corazones por medio de las buenas obras.

Y no quiero hablar de aquellos que habiendo nacido cristianos (de lo cual no hay más comprobante que su fe de bautismo), si toman en boca el dulce nombre de Jesús alguna vez — ¡y ojalá no fuesen tantas! — es sólo para ultrajarle y escarnecerle. En ningún país del mundo toma la blasfemia formas tan groseras, tan múltiples y tan descaradas como en el nuestro... En algo habíamos de sobrepujar á los demás.

El nombre de Jesús simboliza y compendia por sí solo la redención de la humanidad. Jesús quiere decir en lengua hebrea *Salvador*; así lo aprendimos, siendo niños, de boca de nuestras madres, y así lo leímos, cuando empezábamos á leer, en el Catecismo.

Los nombres de personas, y en general todos los nombres que llamamos *propios* con arreglo á la Gramática, han sido en un principio y en todos los países nombres comunes, por más que respecto de muchos de esos nombres sea difícil encontrar su origen, á causa de las alteraciones que han sufrido en el transcurso de los siglos.

Los nombres propios se sacaron, al aplicarse por vez primera á las personas, de muy diversos orígenes. Por razón de las cualidades de la persona, *Dulce*, *Bravo*, *Severo*, *Hermoso*, etc.; por la profesión, *Tejedor*, *Sastre*, *Carpintero*, *Labrador*; por el color del rostro



ÁBSIDE DE LA NUEVA IGLESIA DE LAS SIERVAS DE MARÍA Y MINISTRAS DE LOS ENFERMOS EN ESTA CORTE.



ó del pelo, *Blanco, Rubio, Moreno, Prieto*; por la categoría ó posición social, *Rico, Marqués, Alcalde, Príncipe*; de una cualidad ó de un defecto moral ó físico, del lugar del nacimiento de la persona, de algún hecho notable de su vida, etc., etc.

Entre los hebreos era más todavía: todos los nombres tenían una significación tan marcada, que se ha hecho sentir su influencia hasta en la literatura de aquel pueblo. Los nombres de los patriarcas tenían generalmente una significación mística: *Elías* y *Joel* están compuestos de dos nombres de Dios diversamente unidos; *Josaphat* y *Sephatias* indican el juicio de Dios; *Josedec* y *Sedectas*, su justicia; *Johanán* ó *Juan de Ananias*, su misericordia; *Nathaniel*, *Elnathán*, *Jonathán* y *Nathanias* significan los cuatro: *dón de Dios*.

En algunos nombres propios, el de Dios quedaba sub-entendido ó suplido, como en *Nathán*, *David*, *Abel*, *Aza*, *Egra* ó *Esdra*s. Se le vuelve á encontrar en *Eliazar*, *Ociel*, *Abdías*, donde está expresado.

Otros nombres recordaban la piedad de los padres, de lo cual se ven ejemplos en los nombres de los hermanos de *David* y de sus hijos.

Había también entre los judíos los nombres que se daban á las personas según su carácter y sus cualidades simbólicas, como *Sarah*, princesa; *Thamar*, palmera; *Hadassa*, mirto. Se llamaba *Rachel* (oveja) á una mujer de carácter apacible; *Deborah* (abeja) á la que amaba el trabajo, etc.

Cierro esta digresión, aprovechando la oportunidad para aclarar una duda que en diversas ocasiones he oído exponer, áun á personas ilustradas.

La cifra, tan usada en todo el orbe católico, que representa el nombre de Jesús, está constituida por las letras

I H S

y una cruz, cuya base descansa en el trazo horizontal de la H. Estas tres letras no corresponden á las que entran en la composición de la palabra *Jesús* en la lengua hebrea, en la latina ni en la española; de aquí nace la duda á que me he referido y que queda aclarada con dos palabras. La cifra I H S proviene de la lengua griega, sin más variante que la de haberse sustituido las letras del alfabeto helénico por sus correspondientes en el latino, y son las tres primeras letras con que se expresa en griego el nombre de Jesucristo.

Y aquí acaba la digresión.

\*\*\*

Y aquí empiezan mis apuros para llenar con grano de mi propia cosecha este saco de la *Decena*.

Porque, al fin y al cabo, cuando sólo se trata de aprovechar lo que otros estudiaron, aprendieron y nos dejaron escrito, la faena es sencillísima y socorrida. Pero esto de echarse uno á discurrir por cuenta propia, á más de que va cayendo en desuso, es un trabajo impropio, un verdadero trabajo *forzado*, á que yo me veo sujeto, sin duda para purgar antiguos pecados literarios.

Y lo peor del caso es que esta pena no se extingue jamás, lo cual me hace de peor condición que los que sufren las suyas en las *penitenciarías del Estado* (antes presidios).

¡Qué! si ahora es casi una ganga el ser *corrigiendo* (antes confinado), ó pertenecer á la categoría de *individuo de la población penal* (antes presidiario).

La Administración pública, que en fuerza de *desvelarse* por todos y cada uno de los ramos puestos á su cuidado, debe estar muerta de sueño, atiende con solícito interés á dulcificar la suerte de los penados, mejorando su alimento, habitación, vestido, higiene y régimen de vida; construyendo, si no precisamente edificios adecuados al caso, al menos proyectos y planes, que no salen tan caros y se levantan en menos tiempo; recomendando á los capellanes y maestros de instrucción primaria derramen á espaldas sobre aquellas inteligencias tan bien preparadas las semillas de la moral, de la virtud, de la educación, de la cultura y todos sus similares; y, lo que es más importante y trascendental, abriendo las compuertas de la discusión en Consejos, Juntas, Conferencias y Asociaciones para proponer, debatir, aprobar y plantear en su día una serie de reformas en nuestro sistema penitenciario, que transformarán los presidios en paraísos y los presidiarios en Adanes... perfectamente vestidos.

\*\*\*

Cuando toda esta cadena de teorías se arrastre por el terreno de la práctica, preveo un grave conflicto para el Estado. Así como hoy se solicitan indultos, conmutaciones ó rebajas de pena, cuya concesión llena casi todos los días una columna de la *Gaceta*,

entonces se pedirán, por el contrario, prórrogas, aumentos y recargos, para poder disfrutar el mayor tiempo posible de las ventajas que necesariamente tendrá el penado sobre el hombre libre. El Estado, en tal caso, no tendrá más remedio que decretar por su propia iniciativa los indultos y hacerlos obligatorios.

\*\*\*

Me alegro de haber hablado, aunque haya sido incidentalmente, de indultos, para hacer notar los frecuentes desprendimientos de magnanimidad que, de algunos años á esta parte, se advierten en los terraplenes de esta importante vía del progreso.

Es, en verdad, muy consolador para la sociedad el espectáculo que ofrecen, en noble lucha, el poder judicial y el poder ejecutivo; el uno persiguiendo el delito con incansable celo y enviando criminales al patíbulo y á los presidios, en cumplimiento de la ley y en satisfacción de la vindicta pública; el otro, con celo no menos incansable, arrebatando al patíbulo sus víctimas, indultando colectiva ó individualmente de todo ó parte de las penas á los sentenciados y apurando todos los ingeniosos recursos de la piedad y del sentimentalismo para anular ó suavizar siquiera el rigor de los fallos judiciales.

Dicen algunos severos criminalistas que esta largueza en la aplicación de la gracia de indulto, aunque plausible en el fondo, amengua el prestigio de los tribunales, quebranta la ejemplaridad de las penas y rebaja algún tanto el alto respeto que debe acompañar siempre á las sentencias...

Todo ello podrá ser verdad, que yo no entiendo esos perfiles pesimistas, pero, en último término, la responsabilidad no es del Estado, sino de los mismos criminales.

No se asusten ustedes de una proposición tan atrevida, porque voy á demostrarla.

El delincuente, por poco que sepa, sabe que puede ser indultado. Cuando entra en el establecimiento penitenciario, como ahora decimos, si cuenta con algunas influencias en la sociedad (que á pocos les faltan en mayor ó menor grado), va ¿y qué hace? Se da desde el primer día á observar una conducta ejemplar y á mostrar arrepentimiento. Pasa unos cuantos meses, erre que erre, dando pruebas de arrepentimiento y, dale que dale, observando una ejemplar conducta. Entonces, un ciudadano ó ciudadana cualquiera solicita el indulto del penado. ¿Y qué hace en este caso el poder público? No puede hacer otra cosa que pedir datos y formar el consabido expediente, del cual resulta que procede la gracia de indulto y que es necesario extender el Real decreto, precedido de los ineludibles considerandos: que el reo *ha observado buena conducta* (desde que entró en presidio) *y ha dado pruebas de arrepentimiento*.

Vamos á ver, ¿qué culpa tiene el Estado de que los penados se arrepientan y sean unos presidiarios ejemplares?

Queda demostrado que si en la concesión de indultos hay algún exceso, sólo puede ser imputable á los mismos indultados, que cuando se ven en presidio se echan á ser hombres de bien y obligan al poder ejecutivo á echarlos sobre los hombros la manta del perdón.

\*\*\*

Que manteado me vea yo (y sin indulto) en castigo de mi insoportable manía de las divagaciones.

Lo bueno es que cuando tomo la pluma para empezar mi revista, jamás encuentro asunto de qué hablar, y cuando la doy suelta para que vaya por donde quiera, no veo el modo de refrenarla.

Me sucede lo que á aquel pintor que se comprometió solemnemente á presentar ante un jurado artístico un cuadro original, en el improrrogable término de sesenta días.

Quiero contar el suceso, aunque parezca otra digresión:

El cuadro debía representar *El paso de los israelitas por el mar Rojo*, y el pintor se puso á trabajar en él con gran empeño. Habían pasado cincuenta y nueve días, durante los cuales el discípulo de Apelles, encariñado con su obra, echó el resto de su genio y pintó un mar que, á juicio de los inteligentes, era un asombro. Dice la crónica (tal vez haya en ello algo de exageración) que mirando el lienzo durante dos minutos seguidos, se llegaba á percibir el movimiento ondulatorio de las aguas, y pasados tres minutos más, se aspiraba el olor característico de la brisa marina. Tal era la sorprendente propiedad con que estaba pintado aquel mar, que se extendía en lontananza hasta donde alcanzaba la mirada. En fin, que era un mar que *se perdía de vista*.

Llegó el sexagésimo día, término fatal del plazo para presentar el cuadro; pero el pintor, concienzua-

damente dedicado á hacer un mar que dejara atrás á los que ha hecho la naturaleza, no había tenido tiempo material para meterse en otros dibujos ni pensar en otros detalles. Así y todo, el lienzo llegó á la exposición treinta minutos después de la hora marcada. El jurado lo admitió por un acto de condescendencia, y una vez colocado en sitio conveniente, el efecto que produjo entre los circunstantes fué maravilloso.

—¡Magnífico! ¡Sublime! ¡Estupendo!—dijeron los jurados.—Eso es... ¡la mar!

—¡Lástima grande!—añadió uno de ellos...

Y otro le interrumpió:

—Que no sea verdad tanta belleza, ¿no es eso?

—No, no es eso lo que iba á decir—replicó el primero;—lástima grande que el autor haya equivocado el asunto.

—No creo haberle equivocado—dijo el pintor de agua salada;—se trata de *El paso de los israelitas por el mar Rojo*.

—Precisamente; pero como ahí no se ve más que agua y no se divisa un israelita para un remedio, juzgué que podía usted haber confundido el asunto, y, en lugar del señalado por tema había usted pintado *El paso del mar Rojo por encima de los israelitas*.

—Nada de eso, señores—repuso el pintor con mucho aplomo;—lo que ha pasado es que ha venido aquí el cuadro media hora después del término fijado en la convocatoria.

—¿Pero eso qué tiene que ver con el conjunto de la composición? ¿Dónde están los israelitas?

—¿Los israelitas? ¡Ya, ya! Los israelitas, que van algo de prisa, huyendo de los egipcios, han aprovechado esta media hora y están ya del otro lado del mar.

\*\*\*

Pues lo mismo que al pintor me pasa á mí. Se me va el tiempo en la mar de digresiones y no me queda espacio para hacer desfilar á pie enjuto los sucesos (no precisamente los israelitas) por delante de mis lectores.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL

**L**os sucesos más interesantes de la última decena, se refieren á las relaciones de la Santa Sede con el Gobierno alemán para restablecer la paz religiosa en Prusia, perturbada desde hace catorce años por las leyes de Mayo. El Papa ha dirigido una Encíclica á los Obispos de Alemania, donde anuncia este feliz acontecimiento. He aquí los principales párrafos:

«Ya hace mucho tiempo, Venerables Hermanos, deseábamos hablaros de la situación actual de la Religión católica en Alemania. Deseamos también demostraros de una manera especial el grande amor paternal que os profesamos, y asimismo os deseamos toda la felicidad por los esfuerzos que todos habéis empleado para que los católicos que están bajo vuestra protección y defensa no se aparten nunca de la virtud, piedad y camino de salvación.

«Salta de gozo Nuestro corazón al notificaros el gran consuelo y alegría que sacamos, así de la gran solicitud con que todos los católicos os siguen y obedecen vuestras palabras, como también por la disciplina que entre ellos va siempre progresando.

«Lo que no fué antes posible, ójala que hoy suceda por esta carta que os dirigimos por Nuestro propio impulso. Rebosa Nuestro corazón de esperanza, porque gracias á la Divina Providencia, brillará pronto el día en que la Religión y el Estado en Alemania, anunciarán los dulces comienzos de las mejores relaciones.»

Habla luego la Encíclica de la valentía con que han sabido resistir los Obispos las leyes de Mayo, que él condena, y pondera y alaba todos los sufrimientos de la lucha que no han sido fruto de deberes políticos, sino únicamente del sentimiento religioso, y cuyos sufrimientos no perjudicaban á la fe que se debe á los príncipes, ni tampoco al amor patrio.

Discorre después el Padre Santo sobre sus buenas disposiciones en pro de la paz, pero «únicamente en la medida que lo permitan las leyes divinas y los deberes de su conciencia.»

Declara la necesidad que tiene el Gobierno de devolver á los Obispos sus iglesias, y muy principalmente de permitir la libre educación á los Sacerdotes, según las máximas de la Iglesia. Sólo la modificación de las leyes de Mayo es lo que puede producir la paz y sus beneficios, cuyo restablecimiento interesa, tanto al Estado como á la misma



Iglesia, pues así es como ésta se hallará en situación de poder luchar mejor contra las sociedades secretas, y de encaminar á las nuevas colonias, por medio del cristianismo, á las bendiciones de la civilización.

Esta Encíclica se relaciona con las cartas que han mediado, con motivo de la cuestión de las Carolinas, entre Su Santidad y el Emperador y el canciller de Alemania. La de este último, publicada por casi todos los periódicos alemanes, es muy expresiva. Quiera Dios que veamos pronto coronada la obra de León XIII, y que la Iglesia alemana recobre la libertad necesaria para ejercer su misión salvadora.

Con el título de *Leonis XIII Carmina* el profesor Frenicas Brunelli ha editado todas las poesías latinas del Papa actual, destinando el producto de la venta, por orden de Su Santidad, al sostenimiento de una casa de beneficencia. El editor refiere la siguiente anécdota de la época en que León XIII ejerció el cargo episcopal en Perusa:

«Estaba yo, dice, de profesor de literatura en el Seminario, cuando cierto día, por una causa que mi falta de memoria no me permite precisar, me retrasé en presentarme á dar clase. Entré apresuradamente en la sala, y vi la cátedra ocupada por Su Eminencia el Cardenal, Obispo Pecci, quien, sin sentarse me reemplazaba, analizando el *Pro Milone*, ante los asombrados niños. Entonces le supliqué que continuase su elocuente conferencia, y me coloqué entre los oyentes.»

Comentando lo cual, dice un periódico francés: «Después de conocida esta anécdota, había que pensar, como yo pienso, que este gran Papa, dando por gusto clase á los niños algunos meses antes de su elevación al trono pontificio, ofreció un ejemplo que muy pocos demócratas italianos y franceses serán capaces de seguir.»

—  
Siguen las negociaciones relativas á la cuestión de Oriente. En el ánimo de todo el mundo está el convencimiento de que el armisticio terminará á tiros, y de que la madeja se irá enredando hasta que haga precisa la intervención armada de las grandes potencias. Todo lo que se hace ahora es aplicar paliativos á una enfermedad crónica é incurable.

El Imperio turco se deshace y no hay reconstituyente diplomático que evite el desenlace de una enfermedad orgánica.

—  
Lo que más puede interesarlos en este punto son los progresos del catolicismo en los países contaminados con la enfermedad del cisma.

He aquí, respecto á Bulgaria, lo que dice una carta dirigida al periódico las *Misiones Catholiques*: «Por inspiración de Su Santidad y de M. Fiet, Monseñor Bonetti ha hecho grandes sacrificios para construir un edificio que sirva de Seminario búlgaro. Por de pronto, se ha abierto ya, existiendo 50 Seminaristas y teniendo cabida el establecimiento para 200 alumnos.

«El fin del Seminario en la idea del Soberano Pontífice es dar á la Iglesia naciente búlgara de Macedonia buenos sacerdotes destinados á reemplazar más tarde á los sacerdotes actuales, venidos casi todos del cisma.

«En la imposibilidad de reemplazarlos Monseñor Bonetti, los reúne en retiro eclesiástico, sucediendo que la gracia que han recibido se comunica á sus ovejas.

«Hasta que, merced á los frutos del Seminario pueda colocarse un Sacerdote instruido y piadoso en cada ciudad, Monseñor Bonetti manifiesta que por el momento confiará la instrucción de la juventud á maestros de escuelas firmes en la fe. En una de las principales ciudades católicas el Vicario apostólico de Salónica ha creado una escuela de niñas, confiadas á las Hermanas de San Vicente de Paul. La falta de recursos impide á Monseñor Bonetti extender su pensamiento de formar buenas madres cristianas. Los nuevos acontecimientos que se desarrollan en los Balcanes pueden comprometer el porvenir y los resultados de la unión católica búlgara.

«Estos temores se fundan en la duda ó en la probabilidad de la suerte reservada á Macedonia. Si esta provincia cae en poder de Rusia, abraza Mons. Bonetti el temor de que la unión católica búlgara no sea tolerada por los moscovitas. Sin embargo, Mons. Bonetti espera, sobrenatural y humanamente hablando, que no desaparezca una obra sellada con la persecución, el destierro y el martirio.

«Concluye la carta manifestando que el catolicismo hace progresos incontestables en Oriente,

pues sus obras no están fundadas, como las protestantes, por el interés del momento.»

El Gobierno inglés ha puesto mano en la cuestión de Irlanda. Se suprime el cargo de virrey y ejercerá sus funciones un secretario.

También se precisa restablecer la ley especial contra los delitos agrarios.

Una Comisión especial estudiará y propondrá las reformas que convengan para restablecer la paz en todos los ánimos.

—  
El programa del Gobierno francés, leído en las Cámaras el día 16 del corriente, se refiere casi principalmente al clero. Dice que la actitud del clero para con las instituciones vigentes ha provocado en la opinión pública un movimiento favorable á la separación de la Iglesia del Estado; que el Gobierno cree que no debe ir á la vanguardia de la opinión pública, pero está dispuesto á estudiar, con el concurso de las Cámaras, toda solución que le sea sometida tendiendo á dicho objeto.

Por de pronto, dice, se exigirá al clero que no se mezcle en asuntos ajenos á su incumbencia.

Hablando después de la cuestión de Hacienda, expone la firme resolución de obtener la nivelación de los presupuestos por medio de economías rigurosas, añadiendo que no se hará llamamiento al crédito público, y habla de modificaciones en las tarifas de los impuestos que, sin aumentar las cargas de los contribuyentes, resulten beneficiosas para el Tesoro.

Termina con un llamamiento á la concordia y á la unión de todos los amantes de la República.

El programa no ha satisfecho á nadie, ni á los mismos radicales, para los que están hechos principalmente los párrafos relativos al clero.

Y en vez de unirse los grupos republicanos, propenden á subdividirse hasta el extremo.

El nuevo Gobierno, en su afán de halagar á los radicales, decreta todos los días indultos, de modo que Francia se está poblando de presidiarios.

Así no son de extrañar los horribles crímenes de que diariamente da cuenta la prensa. El último, que aun embarga la atención pública, es el asesinato del prefecto del Eure, cometido en la noche del 13 en un vagón del ferrocarril.

Estos son los frutos de la impiedad revolucionaria.

Y como es natural, según es la siembra ha de ser la cosecha.

—  
Hay que llevar lejos la vista para contemplar escenas más consoladoras.

El 15 de Noviembre se ha abierto el primer Concilio de la Iglesia católica de Australia, en el templo catedral de Sydney, bajo la presidencia del Cardenal Arzobispo Morán. Todos los Obispos del continente y de Nueva Zelandia estaban ese día presentes ó representados. Nuestro compatriota el Ilmo. Sr. Salvado, compañero de misión del Excelentísimo Sr. Obispo de Daulia, por llegar tarde no pudo asistir á la primera sesión del Concilio que ha de formar época en la historia eclesiástica universal.

El Catolicismo hace grandes progresos en la Oceanía, á pesar del estrago de las misiones protestantes.

—  
Las últimas noticias de América son poco satisfactorias. En la América Central han ocurrido estos días fuertes terremotos, que, sin causar graves daños, han llevado la alarma á todas las poblaciones importantes.

En Chicago, población de los Estados Unidos, de grande industria, se ha descubierto una vasta conspiración socialista. El objeto de los conspiradores no podía ser más *inocente*: intentaban dar un asalto á las casas de los capitalistas, al grito de ¡viva la igualdad social!

Por hoy nada más.

X.

## LOS GRABADOS

ÁBSIDE DE LA NUEVA IGLESIA DE LAS SIERVAS DE MARÍA Y MINISTRAS DE LOS ENFERMOS EN ESTA CORTE.

En el número 33 de esta Revista se publicó una extensa descripción de este precioso templo, obra del insigne arquitecto Sr. de Cubas.

Consta de una ancha nave terminada en ábside y su crucero correspondiente, teniendo un ancho la nave de 7 metros, y una altura, hasta las claves de las bóvedas, de 16 metros. Sobre múltiples y agrupadas basas se elevan los haces de columnas, que terminan en riquísimos capiteles tallados, pintados y dorados, y de ellos arrancan los arcos y nervios

de las bóvedas, cuya terminación cubren ricos florones tallados y dorados. Los despietros de muros, arcos y bóvedas, están decoradas con líneas de oro y azul en recuerdo de la Santísima Virgen, á la que bajo la advocación de la Salud (*salus infirmorum*), está dedicada la capilla.

En el fondo del ábside que representa nuestro grabado y entrada de los cinco lados que lo forman, existe una rica decoración tallada, pintada y dorada, en cuyo centro se ostentan las imágenes de San José, Nuestra Señora de la Salud y San Juan Bautista, sostenidas en afiligranadas repisas, y rodeadas y coronadas de jambas, festones, arcos, botardas, guardapolvos y follajes, recordando las ricas decoraciones que de la época se conservan en San Juan de los Reyes de Toledo, en Burgos y Salamanca; el fondo de las estatuas es policromo, y recuerda tapices y brocados de la época.

El altar principal es aislado, y el templete destinado á exposición del Santísimo Sacramento (que no tendrá menos de 6 metros de altura) es una poética composición de bronce y madera dorada, con multitud de columnas, frontones, frisos y calados, terminando con una afiligranada aguja, en cuya cúspide se ostenta triunfante el signo de nuestra Redención: en el cuerpo central existen cuatro estatuillas doradas, reproducción feliz de los cuatro evangelistas existentes en San Juan de los Reyes, y en el Sagrario las plantas simbólicas de la Santa Eucaristía.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE CUBAS, ARQUITECTO Y ACADÉMICO DE SAN FERNANDO.

Nuestros lectores saben, porque lo hemos dicho otras veces, que el Sr. de Cubas es una providencia para la mayor parte de las obras católicas y caritativas de Madrid, pues como arquitecto y como capitalista consagra su inteligencia y su celo incansable á la mayor gloria de Dios y provecho de pobres y huérfanos. Nuestro Asilo le es deudor de inmensos beneficios, y también saben nuestros lectores que recientemente Su Santidad le ha honrado con el título de Marqués, para demostrarle su paternal aprecio por las obras á que se dedica.

Esta sería la ocasión de escribir su biografía; pero su modestia nos veda el pedirle los datos necesarios, que buscados por otros conductos retrasaría nuestro deseo de publicar su retrato.

Baste decir aquí que el Sr. de Cubas está todavía en buena edad para seguir empleándose en las obras á que con tanta gloria de Dios y suya propia se dedica. Es hombre de excelente trato por la afabilidad de su carácter, la viveza de su ingenio, la amenidad de su conversación y los nobles impulsos de su gran corazón, siempre inclinado á la indulgencia y al bien de todos. Aunque español y madrileño, según creemos, tiene algo del carácter alemán por su incansable perseverancia en las obras que emprende: redoblando su actividad los obstáculos que le salen al paso, le veréis siempre ocupado en sus obras, nunca ocioso, buscando la solución de múltiples asuntos, y dando ejemplo á sus subordinados de laboriosidad y de solicitud infatigable.

Aunque Madrid está lleno de obras suyas, la que ha de immortalizar su nombre es la Catedral de Nuestra Señora de la Almudena, monumento admirable que deberá figurar en su día entre los primeros de España y entre los notables de la cristiandad.

Quiera Dios concederle la dicha de verla terminada y de oír en ella cantar el *Te Deum*, que coronará su gloria de cristiano y de artista.

LOS FERROCARRILES SUBTERRÁNEOS EN LONDRES.

Los fenianos y demagogos de todas clases han escogido estos túneles para teatro de sus crímenes. De modo que los grandes progresos de la civilización moderna en el orden material vienen casi á inutilizarse por los grandes retrocesos de la civilización cristiana, que permiten y fomentan el desarrollo de tales monstruos.

Londres, población que se aproxima á cuatro millones de habitantes, ocupa una extensión de 15 kilómetros de largo por 10 de ancho, es decir, 150 kilómetros cuadrados. Esta inmensa población ha hecho necesarios muchos y rápidos medios de comunicación, contándose entre éstos como el más usual los ferrocarriles subterráneos, que en todas direcciones y con interrupción de pocos minutos, cruzan la gran ciudad bajo los cimientos de sus casas.

Nuestro grabado representa estos túneles, cuya imponente sombra, desvanecida en su mayor parte por la luz eléctrica, ofrece tan raros contrastes y singulares cuadros al viajero que por primera vez desciende á ellos.

EL ASILO DE SAN GOTARDO EN LOS ALPES.

La caridad cristiana procuró en los pasados siglos remediar los males que llevaba consigo el atraso de la industria humana. De ello son prueba los albergues y asilos que levantaba para los caminantes en los pasos más difíciles de las montañas. Data de 1374 el de San Gotardo, donde una comunidad de religiosos se dedicaba durante el invierno á acompañar y salvar á los viajeros por entre abismos de hielo y de nieve. En 1683 se encargaron del asilo los Padres Capuchinos, que acrecentaron con nuevos sacrificios los que allí habían dejado ocultos una dinastía de santos. Destruído por fuerte avalancha en 1775, fué reedificado por los monjes. Otra avalancha, la de los ejércitos de la República francesa, volvió á echarlo abajo; y también volvió á ser reedificado. Aunque la perforación del túnel que lleva su nombre lo ha hecho ya innecesario, nunca deberá perderse la memoria de este monumento de la caridad cristiana.



## CARTA DE ROMA

Roma 19 de Enero de 1886.

**R**ECORDARÁN los lectores de LA ILUSTRACIÓN, que en el mes de Mayo último dirigió Su Santidad una preciosa carta á su Vicario general de Roma, mandándole establecer en el Seminario Romano nuevas cátedras de literaturas griega, latina é italiana, por desear vivamente recobrarán estos estudios su antiguo esplendor y volvieren á florecer entre el Clero. Para realizar tan augusto é importante designio, el Eminentísimo Sr. Cardenal Parocchi formó desde luego una comisión de Profesores que, bajo su dirección, tuvo á cargo preparar lo necesario para abrir cursos especiales para los jóvenes que, después de haber estudiado las letras italianas, latinas y griegas, deseen alcanzar un grado más elevado y más perfecto en este triple género de literatura. Pero llegado ya el momento de empezar estos nuevos estudios, se convino en celebrar su inauguración con una sesión literaria que revistiera la mayor solemnidad posible, con el fin de encarecer más y más la importancia que en concepto del augusto Pontífice tienen los estudios literarios, y mostrar á la vez, con pruebas á la mano, que la Iglesia Católica sigue haciendo con las bellas letras lo que siempre ha hecho con cuanto es bueno, bello y loable. En efecto; dicha inauguración tuvo lugar el jueves pasado en el *Aula Massima*, como aquí llaman al salón del Seminario Romano, muy ricamente adornado y dispuesto para el acto con tanta seriedad como buen gusto: presidió, por delegación especial y en nombre del Papa, el mencionado Sr. Cardenal Parocchi, y asistieron, no sólo los representantes de todos los colegios ó seminarios italianos y extranjeros, y varios seglares escogidos entre las notabilidades del foro ó de la cátedra, sino también el Cuerpo diplomático acreditado cerca la Santa Sede, y muchos Cardenales y Prelados. La sesión empezó con el canto de un himno alusivo al acto, y á su continuación el Profesor D. Vicente Tarozzi pronunció un elegante discurso latino, en el cual puso de realce la utilidad de los estudios literarios, y particularmente para el Clero el de la literatura latina, siendo esta lengua el órgano y el auxiliar de la Religión católica en todo el Occidente; habló después de lo mucho que deben las letras á la protección de los Papas, y oportunamente elogió el mérito literario del Pontífice actual. Abundando en los mismos sentimientos, entró luego á hablar el Emmo. Parocchi, quien ponderó las ventajas del estilo castizo y elegante, por la facilidad que presta á la verdad para penetrar y quedar impresa en nuestro espíritu; pero no intento hacer la reseña de discursos tan doctos, por ser tarea harto difícil: ambos fueron muy aplaudidos, y no lo fué menos la poesía italiana que leyó otro Profesor, dejándonos á todos muy favorablemente impresionados, pues se comprende desde luego lo mucho que han de florecer las letras al ser encomendados su desarrollo y cultivo á Catedráticos tan hábiles y peritos en las lenguas de Cicerón y de Dante, como mostraron serlo los que hicieron uso de la palabra en la sesión inaugural: para convenirse de que no hay que esperar menos de los demás Profesores llamados á realizar el gran pensamiento de León XIII, basta citar sus nombres. De la literatura italiana quedan encargados el P. Mauro Ricci y el Sr. Poletto; de la griega, el Rdo. señor Brozzi, y de la latina, el jesuita P. Tongiorgi, además del mencionado Profesor Tarozzi; en estas asignaturas se emplearán dos horas diarias, procurando puedan asistir á ellas también los que siguen la carrera de leyes ó de sagrada Teología en el mismo Seminario Romano. De esperar es respondan los jóvenes estudiantes á la paternal solicitud de León XIII, y estrechándose cada día más los vínculos de fecunda alianza entre la Religión y las letras, pueda el Clero recobrar su antigua influencia en la sociedad civil.

Me he detenido en hablar de esta fiesta literaria más de lo que yo mismo pensaba, por la conformidad de su significación con la índole y carácter propio de nuestra REVISTA. Debo, sin embargo, ocuparme también en otro asunto que reviste mucha importancia, y es el Consistorio celebrado en el Vaticano el viernes 15. No me refiero á la provisión de mitras, tanto más, que los españoles tuvimos el sentimiento de que, entre las muchas Sillas que hay vacantes en España, sólo quedará provista la de Sevilla; pero la importancia del Consistorio está en la alocución que Su Santidad ha pronunciado en él. Acostumbran los Papas enterar solemnemente á los Cardenales de los negocios más graves é importantes para la Iglesia; por lo cual, las alocuciones consistoriales equivalen á documentos históricos muy auto-

rizados; pero ¡qué autorizadísimo ha de quedar para quien quiera estudiar la historia de la reciente cuestión de las Carolinas, el documento publicado en el último Consistorio! Desde luego llamo la atención sobre las miras nobilísimas que León XIII dice haber tenido presentes al aceptar el cargo de mediador en nuestro conflicto internacional, pues no vió en ello más que la ocasión de hacer «algo de provechoso á la concordia y á la humanidad;» pláceme luego admirar la sabiduría que, según se desprende del documento, ha presidido al examen de los derechos y de los intereses que respectivamente alegaban las dos potencias interesadas. Cuando se publicó, hace cosa de un mes, el protocolo sobre las Carolinas, precedido por las bases de acuerdo propuesto por el Papa, los periódicos liberales mostraron extrañar el que no se publicaran también los fundamentos en que se apoyaba la proposición pontificia; pero ahora, el Papa satisface, y con creces, á semejantes deseos, pues indica las varias razones que asistían á España en la defensa de su soberanía sobre las Carolinas, y declara haberlas estudiado y mirado á la luz del derecho público, aunque hubo también de tener en cuenta los intereses materiales que alegaba Alemania.

Sin embargo, no es sólo la importancia histórica la que constituye la suma trascendencia de la última alocución consistorial; también merecen fijar la atención las consecuencias que saca Su Santidad de lo acaecido, porque después de atribuido el feliz éxito de su mediación á la virtud con que Dios adornó la potestad de los Sumos Pontífices, no sin intención y con muchísima razón añade que la disminución de libertad en los Papas viene á ser una vez más «calamidad pública,» por impedir que el Pontificado Romano pueda ejercer todo su poder para el bien de la humanidad cuantas veces ocurre. No se le oculta á nadie que el Papa hace alusión á las trabas y dificultades sin número que el Gobierno italiano trató de poner al ejercicio de la mediación; este mismo concepto, aunque veladamente, ha indicado Su Santidad en la carta que dirigió al Príncipe de Bismarck para acompañarle la condecoración que acaba de concederle, y, como era de esperar, ha provocado nuevas declaraciones de interés para con la Santa Sede por parte del canciller de Berlín; naturalmente, éste, en la contestación que ha dado á Su Santidad, nada dice que indique pueda proyectos hostiles al Gobierno de Italia, pero para la gloria del Pontificado de León XIII tiene bastante significación el hecho de que Bismarck haya reconocido la inmensa fuerza moral de que dispone el Papa y se manifieste inclinado á procurar la libertad de su ejercicio. Me consta que en los círculos liberales italianos se va diciendo que Bismarck no ha querido ir á Canosa, pero ha venido á Roma, lo que expresa cuán disgustados están con la conducta de Alemania; por otra parte, repito que los católicos aun no debemos echar ninguna campana á vuelo, ni entonar ningún cántico de triunfo, con lo cual entiendo declarar muy prematura, por lo menos, la noticia de que va á establecerse una Nunciatura Apostólica en Berlín; mejor es confiar en Dios, sin hacer ningún alarde de profetas.

J. M.

## LA DESAMORTIZACIÓN

CONSIDERADA EN SU ASPECTO ARTÍSTICO.

**N**o es dable reducir á breve espacio lo que, por su grande interés, por su reconocida importancia, por la tristísima celebridad que ha alcanzado, por la abundancia de materiales que el curso del tiempo ha reunido y por lo que han popularizado el asunto las leyendas y los grabados, hay que decir sobre los destrozos que la desamortización ha hecho en las creaciones del arte. Pero no habríamos de condenarnos al silencio por no decirlo todo. Si no vamos á presentar un cuadro, trazaremos al menos un boceto. Por otra parte, conocerán tan bien nuestros lectores esta lamentable historia, que aun del boceto nos harían gracia; nosotros, sin embargo, no podríamos omitirlo sin incurrir en dos faltas capitales: una de gratitud á la Iglesia y á las Ordenes religiosas, que han sido las creadoras de las grandes obras del arte; otra de indiferencia ante las ruinas que ha hecho en ellas el vandalismo moderno, profanación que, en nombre de la Religión y de la sociedad ofendidas, merece la más severa censura.

Fijémonos, por lo pronto, en el primer aspecto del asunto. Veamos á la Iglesia y á los monjes levantando los grandes monumentos que han atravesado las generaciones y los siglos, para gloria de Dios y admiración del mundo.

Las Ordenes monásticas tienen en este, como en otros conceptos, páginas verdaderamente gloriosas en su historia. Ya el gran San Benito previó en su regla que habría artistas en los monasterios. Y su previsión se vió cumplida. Los monasterios benedictinos tuvieron, no sólo escuelas y bibliotecas, sino talleres, en que la arquitectura, la pintura, el mosaico, la escultura, el cincelado, la caligrafía, la elaboración del marfil, la montura de pedrerías, la encuadernación y todos los ramos de la ornamentación se estudiaron y practicaron con tanta diligencia como buen éxito, sin afectar jamás á la disciplina del Instituto. Y cuando seiscientos años después de San Benito quiso uno de los reformadores más austeros del siglo XII, Bernardo de Tirón, formar una nueva Congregación en Maine sobre la base de la regla benedictina, la reclutó principalmente entre los obreros y artistas, á quienes permitió que, bajo el hábito monástico, continuasen su profesión antigua. De esta manera sometió á sus reglas multitud de artistas hábiles que, dedicados á la pintura y á la arquitectura, al cincelado y á la platería, trabajaban en los monasterios al lado de los herreros y carpinteros.

Formaba la enseñanza de estas artes parte esencial de la educación monástica. Y era precisamente en las más célebres y santas abadías donde más celo se desplegaba en el cultivo del arte. San Gal en Alemania, Monte-Casino en Italia, y Cluny en Francia, fueron durante siglos las metrópolis del arte cristiano. A la sombra de su inmensa iglesia, la mayor quizá de toda la cristiandad, formaba Cluny, con las innumerables abadías que estaban bajo su dependencia, un inmenso centro donde se daba á todas las artes un desarrollo prodigioso. El mismo impulso seguía Monte-Casino, donde el abad Didier, lugarteniente y sucesor de Gregorio VII, impulsaba en escala colosal la reconstrucción de su monasterio, al par que grandes trabajos de pintura, mosaico, bordado y cincelado en mármol, en madera, en bronce, en oro y en plata, ejecutados por artistas de Bizancio ó de Amalfi, que le valieron la admiración de sus contemporáneos. Otro lugarteniente de Gregorio VII, el abad de Hirschau, en Suabia, se entregaba con tal pasión al cultivo de las artes, que fundó dos escuelas de arquitectura, una en el mismo Hirschau y otra en el monasterio de San Emerano, en Ratisbona.

Especialmente en el siglo XI, la mayor parte de los monjes célebres por sus virtudes, su ciencia y su amor á la Iglesia, lo fueron por su afición al arte, y á veces por su habilidad personal en algunos de sus ramos. Efecto de esto fué que se llegó á permitir á los monjes artistas de ejemplar conducta, salir de los monasterios para perfeccionar sus talentos y estudios; y si la caridad lo exigía, enviábaseles lejos, como misioneros del arte, para llevar á extrañas tierras las tradiciones y reglas de la belleza monumental.

La arquitectura religiosa debe, pues, á los monjes sus más sólidos progresos; y entre ellos, los Cistercienses nos han dejado los edificios más perfectos. Pero en los seis siglos que separan á San Benito de San Bernardo, como durante el curso de los siglos XIII y XIV, hicieron los monjes magníficas construcciones, porque no sólo levantaron en Cluny la más vasta basílica de la Edad Media y de la Cristiandad, sino que llenaron la Europa de iglesias, claustros y salas capitulares, de las que apenas nos quedan más que nombres y ruinas; si bien hay ruinas de esas que deben figurar entre los más preciosos monumentos. Entre los monasterios notables por su belleza arquitectónica, mencionaremos los de Croyland, Focentains y Tintern, en Inglaterra; Walkenried, Heistabach, Altemberg y Paulinzelle, en Alemania; Loiwigny, Vezelay, el monte de San Miguel, Fontevrault, Pontigny y otros, en Francia; Alcoa y Batalha, en Portugal; las Cartujas de Miraflores, de Sevilla y de Granada, en España: nombres queridos de los arquitectos, que basta pronunciarlos para condenar á los bárbaros autores de la profanación y la ruina de esas obras maestras.

Para formar idea de la majestuosa grandeza de las construcciones monásticas, es preciso ir á Inglaterra. La devastación no ha sido allí tan grande, porque los monjes levantaron catedrales que los cismáticos anglicanos han conservado. A pesar de recientes agregaciones, se encuentra allí la huella del gran movimiento arquitectónico que se desenvolvió después de la conquista, gracias á los monjes normandos que atrajo el duque Guillermo, y á quienes se deben las catedrales de Cantorbery, de Lincoln, de Rochester, de Durham y de Gloucester.

Cuando decimos que las innumerables iglesias monásticas sembradas por toda Europa fueron obra de los monjes, ha de entenderse la frase en el sentido literal, porque los monjes no fueron sólo los arquitectos, sino los constructores de sus edificios,



y los que, después de levantar sus planos de una manera admirable, los ejecutaban por sí mismos, sin apelar á obreros extraños, arrojando las fatigas y riesgos del oficio. Trabajaban cantando salmos, y sólo dejaban la herramienta para ir al altar ó al coro. Y no se limitaban los superiores á trazar los planos y vigilar los trabajos, sino que daban ejemplo de humildad y valor, sin arredrarse por nada. A veces, siendo simples monjes los arquitectos directores, se reducían los abades al papel de obreros.

San Gerardo, abad de Brogne en el siglo x, escoltaba en el difícil tránsito de los Alpes los enormes sillares que de Italia hacía llevar en mulos hasta Bélgica. Al construirse la abadía de Bec, el año 1033, su fundador y primer abad, Herluino, gran señor normando, trabajó como un simple albañil, llevando cal, arena y piedra. Hugo, abad de Selby, en el Yorkshire, también normando, hizo otro tanto en 1096, cuando construyó de piedra todos los edificios de su monasterio, que eran de madera: vestido con un capote de obrero y mezclado entre los demás albañiles, tomaba parte en todos sus trabajos. En ellos se señalaban los monjes más ilustres por su cuna. Vióse á Hezelon, canónigo de Lieja, del cabildo más noble de Alemania, célebre además por su erudición y elocuencia, hacerse monje de Cluny para dirigir la construcción de la gran iglesia que fundó San Hugo, y cambiar sus títulos, prebendas y reputación en el mundo, por el de *commentarius*, que era su ocupación habitual. Refiérese también que en los trabajos emprendidos en Saint-Vance, hacia el año 1000, el monje Federico, conde de Verdun, hermano del conde de Lorena y primo del Emperador, cavaba los cimientos del edificio y cargaba con la tierra que sacaba de ellos.

En medio de las grandes construcciones que emprendían los monjes, se formaban vastos talleres, donde se cultivaban todas las artes, siempre con sujeción á la ley de humildad. Era en extremo admirable la flexibilidad del ingenio de los monjes. Uno mismo era á veces arquitecto, platero, fundidor, miniaturista, músico, calígrafo y constructor de órganos, sin dejar de ser teólogo, predicador, literato y á veces consejero íntimo de los príncipes. Podríamos citar entre ellos á Tutilon, monje de San Gal en el siglo xi; á Mannio, abad de Evesham, en Inglaterra; á Fulco, chantre en la abadía de San Huberto, en las Ardenas; á Thiemon, noble bávaro, que durante la guerra de las investiduras fué abad de San Pedro, en Salzburgo, y después Arzobispo de la misma ciudad, viniendo luego á morir martirizado en Palestina: se había formado en el monasterio de Altaich, donde, como pintor, fundidor y escultor, había adornado los monasterios de su provincia con los productos de su variado talento.

Los monjes dieron siempre gran valor á la miniatura, y juntamente con ella á la caligrafía, sirviéndoles una y otra para embellecer los libros santos, los monumentos litúrgicos y los demás trabajos que copiaban en pergamino. Ya desde el siglo vi estableció Casiodoro, en las abadías que fundó en Calabria, laboratorios para la pintura, miniatura y transcripción de manuscritos. Viéronse en el siglo ix hábiles pintores entre los monjes de Corvey: y en San Gal era Sintram la admiración y la desesperación de los calígrafos de su tiempo. Godeman, abad de Thorney en 970, adornó con riquísimas pinturas un *Benedictionale*, que se considera como la obra maestra del arte sajón. El monje Bernward, después Obispo de Hildesheim, sobresalía en el arte de exornar los manuscritos que transcribía. Y este delicado arte lo cultivaba especialmente la Orden de Cluny, sin ahorrar gasto alguno, llegando hasta pulverizar el oro para emplearlo en las miniaturas. También las religiosas en sus conventos adornaban sus obras caligráficas con miniaturas preciosas. Y es de notar que nada menos que diez siglos, desde Casiodoro hasta la época del Renacimiento y de la Reforma, duraron estos trabajos en los monasterios, con asombroso éxito. Difícilmente puede encontrarse en la historia otro ejemplo de un trabajo tan constante y fecundo.

También se dedicaban los monjes en aquel tiempo á la pintura mural. En los anales de San Gal se habla con entusiasmo de la diversidad de asuntos que cubrían los muros de su iglesia. Y dieron, por último, á la pintura su más bella y grandiosa aplicación fijándola en el cristal, con lo que tuvo origen la cristalería de colores, que es el más bello adorno del templo cristiano.

En Alemania fueron los monasterios de Hirschau y de Tegernese los primeros donde los hubo. Los monjes de este último se distinguieron también por su habilidad en el cincelado y la platería. Refieren los anales de San Gal que mientras cincelaba el célebre Tutilon, en su taller de Metz, una imagen de

la Virgen, vieron dos peregrinos que le visitaron á una hermosa señora que guiaba su trabajo, y á quien creyeron hermana suya; pero al referir el hecho á otros religiosos, calcularon éstos que era la misma Virgen Santísima la que le enseñaba el arte.

No obstante la desaparición de tantos monumentos de cincelado y de joyería como han causado la revolución y la Reforma con sus inicuas devastaciones, aun tenemos preciosas cajas labradas y esmaltadas, preciosas cubiertas de libros en oro, plata y marfil, bastantes cruces abaciales, dípticos, bajo-relieves y hermosísimos trabajos en bronce ó cobre, como fuentes bautismales, Crucifijos, incensarios y candeleros, que nos permiten apreciar la elegancia y perfección á que habían llegado los monjes. Sobre sus procedimientos hay pormenores curiosos en el tratado del monje Teófilo, que vivió en el siglo xi. Recuérdanse en este punto con gratitud los nombres de dos monjes plateros y esmaltadores: San Eloy y San Teodoro, esclavo sajón que rescató el primero para hacerle su discípulo y compañero. Y en la grande escuela de platería y esmalte, fundada en el Lemosín por los santos abades de Solignac, figuraron largo tiempo los abades y los monjes.

A otro arte admirable, que tanto satisface á las necesidades del alma y responde á sus emociones, á la música, imprimió la Iglesia un carácter severo, trabajando con gran celo los monjes en esta tarea. A San Gregorio el Grande, que antes de ser Papa se había formado en el monasterio de San Andrés en Roma, se debe el canto que lleva su nombre y que su Orden ha conservado. La obligación de asistir repetidas veces al coro fué un poderoso aliciente para estudiar la música sagrada, de la que siempre hubo escuelas en los monasterios. Tres músicos célebres, unidos entre sí con amistad estrecha, figuraban en el siglo ix, Notker, Ratberto y Tutilon. Notker, que descendía de Carlomagno, y fué venerado como santo después de su muerte, compuso multitud de prosas y cantos, que fueron largo tiempo populares en Alemania. Ratberto, noble de Turgovia, fué director de la escuela monástica, y compuso cantos populares en lengua alemana. En su lecho de muerte le rodearon cuarenta sacerdotes y canónigos que habían sido discípulos suyos y habían acudido al monasterio á celebrar la fiesta del patrono. Tutilon utilizaba su ciencia musical para enseñar á los nobles á tocar instrumentos de cuerda y de viento.

Todos los reformadores y principales doctores y escritores del Orden clunaciense eran músicos, y emplearon su autoridad en sostener ó perfeccionar la música religiosa. El gran apóstol de las naciones slavas, San Adalberto, compuso la música y la letra de un cántico slavo que comienza *Hospodyne pomylecy ny*, que después de su martirio fué el canto nacional de los bohemios.

El órgano, rey de los instrumentos, creación especial de la música cristiana, único digno de asociar su majestuosa voz á las pompas del culto, debió á los monjes su perfección y difusión. Elphege, abad de Winchester en el siglo x, hizo construir el mayor órgano conocido en la Edad Media: para manejarlo se necesitaban setenta hombres. Verdad es que los monjes ingleses eran, entre todos, los más amantes de la música.

A un ilustre monje, San Gregorio el Grande, debe su desarrollo el canto eclesiástico, que es la más alta expresión de la música. A un monje debe la música moderna sus medios prácticos y los procedimientos indispensables para su estudio. Monjes han sido los que desde la Tebaida hasta la Selva negra han enriquecido por espacio de catorce siglos, con sus investigaciones y tratados, el tesoro de la ciencia musical; monjes son, en fin, los que desde el siglo viii al xii se preparaban, con la oración y la abstinencia, á componer las obras inmortales de la liturgia católica, hoy mutiladas, parodiadas ó proscritas, «obras, dice Montalembert, que tienen una delicadeza de expresión inefable, un tinte inimitable, patético é irresistible, límpido y profundo, una virtud suave y penetrante, y, en suma, una belleza siempre natural, siempre fresca, siempre pura, que ni se marchita ni envejece nunca.»

Acabamos de ver al *oscurantismo* llenando el mundo de magníficos monumentos. Contemplemos ahora á la *civilización* y al *progreso* destruyéndolos.

¡Qué contraste! Y en verdad que, como es digno de respeto el noble y santo entusiasmo de aquellos siervos de Dios, que consagraron sus talentos

y trabajos á la creación de obras monumentales, únicas que hoy podemos presentar á la admiración de los extranjeros, es digna de execración ese vergüinoso afán de destruir, de mutilar ó de prostituir, consagrándolas á viles y despreciables usos, aquellas obras inmortales de la santidad y del genio. Nunca se lavarán el presente y el pasado siglo de la mancha que sobre ellos ha caído con estos actos de vandalismo.

Así los denomina con justicia Montalembert en uno de sus opúsculos<sup>1</sup>, del que hemos tomado las noticias que preceden. Y de él vamos á tomar todavía algunas otras, relativas al vandalismo en Francia. Oigamos al autor:

«Imagínese á Fontevrault, la célebre, la histórica abadía de Fontevrault, cuyo nombre se encuentra á cada paso en nuestras crónicas del siglo xi y xii; á Fontevrault, que ha tenido por abadesas catorce princesas de sangre real, y donde descansan tantas generaciones de reyes; á Fontevrault, maravilla de arquitectura, con sus cinco iglesias y sus claustros que se pierden de vista, denigrada hoy con el nombre de *casa central de detención*. ¡Y si todo se hubiese reducido á darle tan miserable destino! Pero no ha sido eso sólo, sino que, para hacerla *digna* de su nueva suerte, se han destrozado sus claustros; se han desfigurado, hasta dejarlos desconocidos sus inmensos dormitorios; sus refectorios y locutorios han sido horriblemente maltratados, y profanadas sus cinco iglesias, sin respetar siquiera la primera y principal, hermosa y alta como una catedral. La nave se ha cortado en tres ó cuatro pisos, y metamorfoseado en talleres y cuadras...

«El palacio de los Papas en Aviñón es el edificio más vasto, más completo y más imponente de la arquitectura civil ó feudal de la Edad Media. No hay un conjunto más hermoso en su sencillez, ni más grandioso en su concepción. Pues á este palacio se le quitó la torre en tiempo de Luis XVI; más tarde la revolución lo convirtió en cárcel; y sin que nadie pensase después en repararlo y conservarlo, en 1820 se le convirtió en cuartel y almacén, sin que dejase por eso de ser cárcel. Hoy la destrucción se ha consumado; ya no queda uno solo de aquellos inmensos salones, que no tenían rival. Se les ha dividido en tres pisos, cortados por innumerables tabiques; y sólo siguiendo de piso en piso los fustes de las gigantescas columnas que sostenían las bóvedas ojivales, puede reconstruirse con el pensamiento el majestuoso recinto. Gran parte del inmenso edificio había sido entregado ya á los demolidores; en lo que queda, á sus colosales ventanas ojivas han reemplazado tres series de ventanitas cuadradas, correspondientes á los tres pisos de cuadras. En una palabra; el arte y la historia tienen un monumento menos, único en su clase, y los Gobiernos *tutelares* una mancha más sobre sí.»

Un industrial de Aviñón escribía á Montalembert, á propósito de este vandalismo: «En un país en que se tributase culto á los recuerdos históricos, lo recibirían cumplidísimo esos nobles restos. Y en verdad que mientras las ruinas van amontonándose en Europa, parece imposible tanto desdén para uno de los más bellos monumentos que la fe religiosa de la Edad Media ha transmitido á la incredulidad de nuestros tiempos. Si el palacio de Juan XXII ha venido á parar en cuartel del mariscal Soult; si en las ventanas en que antes aparecía el rostro radiante de los Pontífices para dar la solemne bendición *urbi et orbi*, no descubre hoy la vista sino talabarteres y equipos de soldados que están puestos al sol; si los salones que en otro tiempo estaban llenos de Cardenales, de Obispos y de fieles de todos los países del mundo cristiano, son en este momento cocinas y talleres, bien tenemos derecho á quejarnos, y á maldecir á un siglo que ha podido hacer presa tan brutal y confiscación tan violenta de lo que para el hombre tiene tan gratos y dulces recuerdos.»

JOSÉ MARIA ANTEQUERA.

(Se continuará.)

## LA EMIGRACIÓN

(Conclusión.)

### IV



«¿Está Perico, —dijo María corriendo hacia la puerta.

—Oye, —repuso Juan deteniéndola, —no le digas que estoy aquí, yo me escondo en este cuarto.

<sup>1</sup> El sistema de las notas modernas lo puso en práctica en el monasterio de Corbie el abate Ratbold. — Guido d'Arezzo, que, como todo el mundo sabe, inventó el solfeo, era monje benedictino de la abadía de Pomposa, cerca de Ravena.

<sup>2</sup> Du Vandalisme et du Catholicisme dans l'art. París, Lecoq, 1861.





EXCMO SR. D. FRANCISCO DE CUBAS Y GONZÁLEZ MONTES, MARQUÉS DE CUBAS,  
Arquitecto del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

—¿Y qué le digo?  
—Lo que te parezca mejor.  
—El es muy delicado, y al ver esta comida...  
—Arréglate como bien puedas.

Un golpe resonó en la puerta seguido de una voz varonil pero muy débil, que exclamó: ¡María!

La pobre joven abrió al punto la puerta arrojándose al cuello del que entraba, que no era otro que su marido, el cual venía sin color, ojeroso, triste y encorvado, sirviéndole de báculo su fusil. María le dió un beso, al que él contestó con otro, exhalando luego un suspiro y llenándosele los ojos de lágrimas.

—¿Y los niños?—preguntó de pronto con inquietud y sobresalto.

—Muy contentos.

—¿No tienen hambre?

—No.

—¿Cómo es eso?

—Entra y lo verás. Te preparo una agradable sorpresa.

—¡Ay, María! Es muy grande mi amargura, así es que tiene que ser muy grande la sorpresa para distraerme de mis tristes pensamientos.

Dejó el fusil en un rincón de la sala adonde llegaba el grato olorillo de la comida dispuesta, y apoyado en su mujer, Perico, no sin asombro, le preguntó con la mirada lo que aquello quería decir, y mucho más después de ver á sus hijos, el uno con el biberon y el otro con el pan tan entretenidos, que apenas notaron su entrada. María le sacó de allí y le llevó á la cocina, donde vió la lumbre del fogón y las viandas preparadas. Hizo sentar á su esposo junto á la mesa, diciéndole al propio tiempo:

—Dios no abandona á los que en él confían. Comamos, Perico.

—María, perdóname la pregunta. No probaré bocado antes de saber de dónde ha venido esto.

—Nada más justo. Un paisano nuestro que no ha querido decir su nombre.

—¿Paisano nuestro, espléndido y aquí?

—¿Eso te sorprende?

—Mucho. Aquí no pueden estar más que los desesperados como nosotros. ¡Oh, Dios mío! Qué bien nos castigas por haber abandonado la casa de mis padres.

—Comamos, Perico.

—¿Y nada más te dijo ese paisano?

—Me dijo que volvería. Además me entregó treinta duros, que aquí los tienes, menos lo que he gastado en la comida.

—¡Oh! Es milagroso todo esto. ¿No es verdad, María? ¿Y no conozco yo á ese paisano?

—Mucho.

—¿Que le conozco dices? ¿Entonces sabrás quién es?

—Ya lo creo.

—¡María!

—Comamos, Perico.

—Es imposible. Bosquéjame al menos la figura de nuestro bienhechor.

María hizo minuciosamente el retrato de Juan. Perico, que la escuchaba con asombro, se levantó de pronto de su asiento.

—¡Dios mío!—exclamó con inquietud creciente,—ó yo estoy soñando ó estoy viendo ante mis ojos á mi hermano Juan.

—Pudiera ser,—dijo María.

—¡Fatalidad inmensa! ¡Mi hermano Juan ha venido!

—Aquí está,—dijo Juan apareciendo en la cocina. Es inútil describir el cuadro conmovedor y tierno

que entonces tuvo lugar. Aquellos dos hermanos se abrazaron con verdadero cariño al mismo tiempo que con profunda pena. Perico volvió á caer sobre su silla con desmayo y abatimiento.

—Comamos los tres,—dijo Juan,—que yo también tengo gana. Te aconsejo, hermano mío, que trates de fortalecer tu estómago y dar vida á tu corazón. ¿Quién sabe lo que puede suceder? Tengamos confianza en la divina Providencia, que debe ser siempre nuestro norte y nuestro guía.

—¡Ay, Juan!—exclamó María,—cuánto tiempo hace que no oíamos ese lenguaje tan consolador. Aquí estamos peor que en una cárcel, porque nos vemos siempre amenazados de morir de la manera más traidora y más sangrienta.

Y los tres pobres muchachos comieron con apetito, y más de una vez Juan promovió la risa de sus hermanos con algunos chistes de buen género que ocultaban la herida que en él había abierto la angustiosa situación de aquella parte de su familia. María fué por sus hijos, dando al mayor de comer y abrigando al pequeño entre sus brazos, que al poco tiempo quedó profundamente dormido, como su desgraciada madre, que después de pasar muchas noches sin cerrar los ojos y de verter inmensas lágrimas, cedió al benéfico influjo del más consolador de los sueños.

Las sombras de la noche envolvieron con rapidez la cocina en cuyo fogón brillaban algunas ascuas. Perico se levantó y encendió una vela que su mujer trajo, colocándola sobre un humilde candelero de barro, en tanto que Juan volvió á abismarse en su tristeza dejando caer la cabeza sobre el pecho. El niño mayor, después de apagada el hambre, se quedó dormido apoyando su linda cabeza sobre una de las rodillas de su madre.





LOS FERROCARRILES SUBTERRÁNEOS EN LONDRES.

— Juan, — dijo Perico sentándose de nuevo, — no me negarás que ahora soy yo el que me toca animarte a ti.

— Es verdad, — contestó Juan levantando la cabeza y sonriendo tristemente, — me desgarró el alma encontrarlos como estáis, cuando yo creía haberlos hallado en otra situación muy diferente. A haberlo sabido, ¿cómo yo hubiera abandonado la humilde casita de mis padres?

— ¿Tienes sueño, Juan?

— No, Perico, hablemos.

— Eres hombre de valor y no debes amilanarte ante el cuadro sombrío y verdadero que voy a presentar ante tus ojos. Hemos hablado de nuestros padres y del lugar de nuestro nacimiento; no hemos hablado de tu viaje y de tu desembarco en esta ciudad. Antes de todo quisiera que me hablaras un poco de tus primeras impresiones.

— Nada agradables han sido en honor de la verdad.

— Cuenta, Juan, cuenta.

— En primer lugar debo decirte, Perico, que en mi camarote venía echando planes sobre el brillante porvenir que me ofrecía vuestra desahogada posición. Mi viaje ha sido un sueño. En él veía a mis padres, cansados de trabajar, en tranquilo reposo con las riquezas que sus hijos les proporcionarían. Despertéme de este sueño el desembarque, y al salir de la ribera me rodeó un grupo de hombres de mal aspecto que me preguntó con sorpresa de dónde era y a qué venía. No esperaba tal recibimiento; sorprendiéndome la pregunta y les dije el objeto de mi viaje y la tierra donde nací. Aquellos hombres, apenas acabé, a los gritos de ¡fuera! ¡fuera! me llenaron de golpes derribándome en el suelo. Por fortuna unos soldados o agentes de policía, yo no sé, ahuyentaron a los salvajes, y aquéllos me llevaron a una tienda donde me curaron una herida que en el hombro derecho me produjo un enorme garrotazo. Si no hubiera sido por mis salvadores, aquel grupo concluye conmigo.

— No fué mala, en efecto, la recepción que tuviste.

— Desagradable fué, pero no concluye ahí.

— ¿Hubo más?

— Cuando me interné en la ciudad para llegar a

esta calle, cuyas señas me dieron en la tienda, me encontré con el desorden más espantoso y un gran aparato militar. Vi cañones en las plazas, belicoso estrépito de sables y bayonetas, soldados de caballería salvando las distancias á escape, y otro grupo de ciudadanos armados que bruscamente me detuvieron haciéndome la misma pregunta: ¿De dónde vienes? — De España. — ¿Qué vienes á hacer aquí? — A trabajar. — ¡A trabajar! ¡Ah bribón! Toma este fusil y pelea con nosotros, en la firme inteligencia que si desmayas ó huyes mueres destrozado. No valieron mis excusas, y con gran pena me hizo aquella gente trabajar en las barricadas, y en extremo fatigado, al volver una vez la cabeza, sin hallar á mis guardianes, me valí de esta libertad escurriéndome rápidamente con dirección á este barrio.

— De manera que ya puedes calcular el premio que han de tener en este país tu actividad y tu honradez. Aquí se odia á todo extranjero que llega á establecerse para ganarse la vida. Bien es verdad que el trabajo escasea y que el pueblo no ha de ver con buenos ojos que falte trabajo para él y que lo haya para un extraño. Pero esto no disculpa nunca la falta de educación y de caritativos sentimientos. Juan, pobre Juan, oyeme, y después veremos el partido que has de tomar. Vienen todos los años á esta República de doce á catorce mil españoles, en busca del desengaño más amargo, como tú acabas de sufrir. La mayor parte sucumben aquí de hambre, y pocos son los que se van como vinieron, y muchos menos los que, á fuerza de privaciones y de disgustos, consiguen retirarse á su tierra con un pequeño ó grande capital, aunque con la salud perdida. Vas á sorprenderte, Juan, de lo que voy á decirte. Hace seis meses yo era rico, y me disponía á partir á vuestro lado.

— ¿Eras rico!

— No te ha dicho nada María?

— No hemos tenido tiempo para tanto.

— Pues bien; hace seis meses tenía un capital, hoy... ya lo has visto, no tengo qué comer.

— ¿Y cómo ha sido?...

— Mi principal, en cuya caja tenía mis ahorros, me los negó cuando fui á pedírselos.

— ¿Rayos y truenos! ¿Mas al fin te los daría?

— Me dió el derecho de vivir y de maldecirle,

pero no el dinero mío ganado con tanto sudor, sobresaltos y fatigas.

— ¿No hay justicia en este país?

— Si la hubiera, estaría con afán sobre el puente del buque esperando el momento de ver dibujarse sobre las ondas los castillos y las torres de mi idolatrada España. No hubiera adquirido la enfermedad que me ha de llevar dentro de poco al sepulcro. Es tanto lo que he sufrido, que no me he vuelto loco, gracias á Dios y á María. Mirando á esas infelices criaturas no me convertí en asesino. Mejor dicho, y esta es la verdad, no le maté porque no pude, pues en el momento de hacerlo, doce guardias, á una voz suya, se arrojaron sobre mí y me llevaron codo con codo á la cárcel.

— ¡Poder de Dios! Esto es inicuo, esto es irritante. ¿Y no pudiste hacer valer tu derecho?

— Los jueces se encogieron de hombros, se rieron de mis justas pretensiones, del llanto de mi mujer y de mis hijos, y no me hicieron más justicia que abrirme las puertas de la cárcel.

— ¿Nada más?

— No fué poco conseguir. Otros murieron en la prisión por igual causa que la mía, entre ellos el hijo del Sr. Lucas, que loco de contento escribió á su padre que iba á convertir su lugar en un suntuoso edén.

— ¡Oh! Esto subleva al más cobarde y apático. ¿Y á cuanto ascendía tu cuenta?

— A veinte mil duros. Ya ves si esto era suficiente para haberlo pasado todos bien en el amado rincón de nuestra aldea. Ante este pensamiento ennegrecido por la vileza, mi alma siente el más doloroso desmayo y en vano intenta asirse al espíritu del valor que huye de mí.

Y Perico dejó caer la cabeza sobre sus manos y se entregó sollozando á la inmensidad de su amargura. En tanto Juan, cada vez más abatido, se abismó igualmente en profundas reflexiones.

V

El silencio era grande, y era muy débil la luz de la vela por el mucho pábilo que tenía y se oía el viento que de vez en cuando agitaba las vidrieras de la ventana y los profundos suspiros que con fre-



cuencia exhalaba el infeliz hermano de Juan. Una sombra se destacó de pronto entre los vacilantes destellos de la luz entre los dos jóvenes, que abortos y con la cabeza baja no se apercibieron de ella. Aquella sombra era María, que los miró con la mayor tristeza, acabando por colocar su mano sobre la cabeza de su marido, que volvió en sí con la agitación del que sale de una pesadilla horrible.

— ¡María! — exclamó con ternura y con emoción el infortunado Perico.

— ¡María! — exclamó también Juan con melancólico acento.

— No te entregues así al dolor, Pedro, — dijo su esposa con entonación enérgica; — puesto que no tiene remedio el mal en este país, es preciso adoptar una medida pronta y firme que ponga término á esta situación insostenible. A tu hermano Juan debemos nuestra salvación, pues si no hubiera sido por él ¿quién sabe á estas horas lo que sería de nosotros, lo que sería de mis pobres hijos? Por eso á Juan, á quien quería, le quiero ahora doblemente por tan inmenso servicio. Es preciso, repito, si Juan tiene aún dinero marcharnos al punto á nuestro país, al lado de nuestros padres y paisanos. Harto hemos sufrido; no hay paciencia para sufrir más. ¿Qué nos espera aquí? La muerte, y una muerte horrorosa, en medio del abandono, de la miseria y la desesperación.

Juan y Perico doblaron de nuevo la cabeza y no dijeron una palabra.

— ¡Cómo! — exclamó María; — ¿os calláis? No comprendo; ¡por Dios! hablad, decid algo.

— ¡Volver á nuestro país enfermos y pobres! — murmuró Pedro con pena.

— ¿Con qué pago yo cuatro mil reales que me prestaron allí? — añadió Juan con el mismo desaliento.

— Es preferible la muerte al desprecio con que nos mirarán nuestros paisanos, — repuso el primero.

— ¡Vanidad de vanidades! — dijo María. — Déjate de escrúpulos cobardes. ¿Y tus hijos? Tú no miras más que á ti, pero ¿y ellos?

— ¡Es verdad!

— Lo mejor sería — dijo Juan — emprender el camino para una de las colonias, que me han dicho que están en un estado próspero, allí podremos trabajar y recuperar lo perdido.

— ¡Ay Juan! — exclamó Perico. — Las colonias, como las provincias, corren parejas con la capital. No digo que no sean ricas; pero el extranjero, sobre trabajar como un negro, se halla expuesto á las mismas contingencias, atropellos, robos y asesinatos que aquí. No haríamos más que cambiar de calabozo, porque los carceleros y los verdugos son iguales.

— ¿Y qué hacemos entonces sino volver á nuestra tierra? — observó María. — Vámonos de aquí; miserables estamos y miserables volvemos. ¿Qué importa? Allí trabajaremos con más gusto y más provecho; el aire de nuestra patria y el canto de sus valles y sus montes nos alentarán en el trabajo y nos darán nueva vida. Fuera desmayos y vacilaciones. Mañana mismo nos vamos.

— Mañana mismo os marcháis.

— Contigo.

— Eso no.

— ¡Cómo!

— Yo me voy á la isla de Cuba.

— Vente con nosotros, Juan; — dijo su hermano. — Cuba es otra cosa; allí son buenos, humanitarios y nobles, pero el trabajo... son tantos los que allí van que es imposible que haya para todos.

— También habrá para mí. En el fondo de un oscuro camarote hallaré un lugar que me cueste poco. Lo demás para vosotros. Ahora á dormir y á rogar á Dios que nos dé salud y vida y vele por nuestros padres y nuestros seres queridos.

## VI

Pasó algún tiempo. Estamos en España, en el lugar delicioso que baña el Sil, en la provincia de Orense, y descubrimos la casita, humilde morada de los padres de nuestros héroes, y aquéllos viven con tristeza y amargura y trabajan más que cuando estaban los hijos.

Perico vive allí con su mujer y sus pequeños, pero tan enfermo que apenas puede moverse. La enfermedad moral, más poderosa que la física, le va arrastrando con ímpetu al sepulcro. Por eso su mujer y sus padres trabajan sin descanso para que nada les falte.

También á quien encontramos muy variada es á Estrella, que más encantadora que una estrella parecía cuando la vimos por primera vez y ayudaba igualmente en el trabajo á los padres de su Juan. Estaba muy pálida, ojerosa y delgada; víctima del carácter particular y áspero de su madre, que la tra-

taba con despego y con dureza. Por demás, virtuosa y consecuente rechazó todas cuantas proposiciones de casamiento la presentaron, y sólo veía á su amante entre las nubes de su soledad. Perico y sus padres la querían entrañablemente y estaba más en casa de ellos que en su casa propia. Pero un día su madre, que no se trataba con ningún vecino mas que con D. Casimiro, la encerró en su cuarto sin permitirle salir. Llamó repetidas veces sin que nadie la atendiera, hasta que pasado algún tiempo se abrió la puerta y apareció D. Casimiro, que la volvió á cerrar guardándose la llave. Gritos agudos y desgarradores conmovieron á los vecinos que se lanzaron á socorrer á la joven, deteniendo á D. Casimiro, que quiso con amenazas arrancar á la joven su palabra de casamiento. La perfidia del malvado se estrelló en la virtud de la virtuosa doncella.

Era ya el anochecer de un día de otoño, y la familia de Perico dejaba el trabajo, cuando el niño mayor buscó á su madre y le dijo que el enfermo no la contestaba. Corrieron á la cama del doliente, y un doloroso gemido se escapó del pecho de todos, anunciando una terrible nueva. Perico había muerto. Estrella se arrodilló junto al cadáver, y llorando elevó al cielo una oración que repitieron todos.

Poco después, se recibió la infausta noticia de la muerte de Juan, que dejaba cuarenta y cinco mil reales á sus padres, á quienes suplicaba no desamparasen á Estrella y le perdonasen por haberse separado de ellos: corriendo en pos de una fortuna que nunca halló, proporcionándole sumos disgustos y sinsabores sin cuento lo poco que les legaba. Víctima de la tristeza que le ocasionó tan prematura muerte, Estrella vivió poco, muriendo como una santa en los brazos de sus padres adoptivos y de la pobre María, que la lloró siempre como el bueno llora á la virtud cuando desaparece de su lado. Aquellos infelices labradores rezaban todos los días por las almas de sus nobles y desgraciados hijos, entre los que incluían á la hermosa Estrella de aquellos valles y montañas.

Madrid, 1885.

VICENTE ASPA.

## Á LA VIRGEN DEL PERPETUO SOCORRO

La vencedora luz de la mañana  
Derramando alegría, el eco lento  
De trémula campana,  
Que retumba sonoro en mi aposento,  
Despiértame á porfía  
Para que eleve á Ti, Virgen María,  
Mi primer pensamiento.  
Todo en torno revive,  
Y en reflejos de amor al cielo sube  
Vida, que el orbe de tu amor recibe.  
Resplandor de tus ojos es el día;  
La arrebolada nube,  
Tu maternal sonrisa; el aura pura,  
Tu aliento, y en las perlas de la aurora  
Contemplo de tu pecho la ternura:  
Que en mi mente confundo  
Tu inefable hermosura,  
Con todo cuanto bello encierra el mundo.

¡Gloria á Jesús que me la dió por Madre,  
Cuando en hora solemne,  
Por rescatarme indemne,  
Entregaba el espíritu á su Padre!  
¡Gloria al Señor que de mi Madre es hijo!  
¡Y á Ti, oh Virgen, mis cantos y loores,  
Mi corazón, en pena ó regocijo!  
Tú con patente brazo  
Me ciñes en desmayos y dolores:  
Tú me ofraces abrigo en tu regazo,  
Cuando, aterido en el mundano hielo,  
Suspiro por el fuego de tu cielo.

Siempre atento el oído  
Con desvelo de Madre á mi gemido,  
Cuando me mira á mí toda es dulzura,  
Cuando mira al Señor todo lo alcanza.  
¿Quién pone valladar á mi esperanza,  
Ni en mi queja amargura?  
Del Perpetuo Socorro el dulce nombre  
Se goza en recibir, y dice al hombre:

— «Ven, si te abrasan lágrimas y duelos,  
Desengaños en loco desvarío:  
Mi corazón es fuente de consuelos.  
Aplaca en mí tu sed y no se harte  
Tu pecho de beber, que el pecho mío  
Nunca se ha de cansar en consolarte.»

Madre, el león rugiente la bizzarra  
Melenita agita hambriento:

Me ve, me acosa, y al festín sangriento  
Las fauces abre y la espantosa garra.

¡Socorro, Madre! — La implacable fiera  
Que se gozaba ya con mis despojos,  
Baja ante Ti los ojos,  
Humilla la cerviz y se estremece;  
Y con sordos rugidos  
En el antro infernal desaparece.  
¡Victoria! ¡Honor á Ti! — Bajo tu planta  
Yace el soberbio, y del mundano lodo,  
El humilde en tus brazos se levanta,  
¡Victoria! Con tu amor nada me espanta,  
Que teniéndote á Ti lo tengo todo.

Madre, yo soy un niño  
En la vida que lleva al alto asiento.  
Sea tu diestra, en maternal cariño,  
De mi inexperto andar sostenimiento.

Vacilo, Madre mía;  
Me desvanece el mundo todavía:  
Ten compasión del que á subir empieza  
Camino de la Cruz, y desmayado  
Contempla su aspereza.  
No me vea otra vez encenagado;  
Que habiendo conocido tu pureza,  
Tengo horror al pecado.

De tu insodable abnegación en palma,  
Bendijo Dios tu alma.  
Reina de cielos eres,  
Porque fuiste entre todas las mujeres  
La más humilde. ¡Dame al hondo abismo  
De mi nada llegar; seguir tus huellas,  
Para alcanzar por ellas  
Conocerme á mí mismo!  
Dame decir al Verbo,  
Si en calma ó tempestad á mí se inclina:  
— «Señor, yo soy tu siervo;  
Cúmplase en mí tu voluntad divina.»

Entendimiento, voluntad, memoria  
Arrojo en tu crisol y dulce fuego.  
Mía será la escoria;  
Tuyo el oro acendrado de mi ruego.  
Y si todo es impuro, todo vano,  
Desoye, oh Virgen, mi clamor insano.  
Si regalos te pido y me das penas,  
¡Bendita seas! Si me das cadenas,  
Flores serán viniendo de tu mano.  
Y si de amor el manantial se obstruye,  
Y el alma yerta y fría  
Se consume en letal melancolía,  
Y la unción del Espíritu rehuye,  
¡Convierte el pedernal en blanda cera;  
Derrite en mí los témpanos del polo!  
¡No mires que amo mal, mira tan sólo  
Cómo amarte quisiera!

¿No ves la tempestad que el mundo corre  
Cuando la plebe ruge y alborota,  
Y el huracán de la impiedad azota  
La incontrastable torre  
De nuestra santa fe? — ¡Vuela, socorre  
Al Pastor de tu grey encarcelado!  
Contra todas las obras del Eterno,  
Todas las potestades del averno  
Formidable clamor han levantado.  
Juntas embisten al ingente solio  
Que sobre escombros é ignominia loca,  
Sobre el imperio vil del Capitolio,  
Sentó tu Hijo en perdurable roca.

Contra Aquel que tuviste en las entrañas  
Se revuelven con bárbaro coraje  
Montañas y montañas,  
En espuma y fragor del oleaje.  
¡Estrella de la mar, muestra tu lumbre!  
¡No dejes naufragar la muchedumbre  
Que te tiende en su anhelito los brazos!  
¡Que no caiga al profundo  
Su integérrima fe rota en pedazos!  
¡Socorro! — ¡Salva al mundo!  
¡Mira que perecemos, Madre mía!  
¡Salva á España infeliz, que en Ti confía!

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

1886.

## LA GOTA DE AGUA



UANDO Dios dispuso la obra sublime de la creación, dió naturaleza diferente y vida distinta á las criaturas con que pobló el mundo. Sin duda convenía así á los inescrutables designios de su omnipotencia y á la espléndida belleza de su obra.

Al hombre, que fué la más perfecta, *hecho á su semejanza*, como dice el Génesis, le dió una alma



espiritual, imperecedera, inteligente, sensible, soberana de la materia, pero subordinada siempre á su Criador.

A los animales les dió instintos, que en algunas especies están muy desarrollados y revelan cierta inteligencia en sus actos.

A las plantas las dotó de una organización interior, que forma verdadera vida progresiva, desde la simiente, que se fecunda en el interior de la tierra, hasta la flor y el fruto, que brotan cuando el vegetal llega á su completo desarrollo.

A la materia inerte, en los varios aspectos con que se nos presenta, le concedió cualidades especiales que, aun cuando está inanimada, le hace llenar, sin embargo, los diversos fines para que fué creada: tierra, sirve para alimentar todo el inmenso reino vegetal; agua, entra como elemento indispensable en todo organismo animado; vapor, forma la atmósfera; piedra, cumple dócil los diversos servicios á que el hombre la destina.

Esto es lo que está á nuestro alcance y vemos con los ojos materiales; pero ¿no habrá todavía algo y mucho que desconozcamos? ¿Seremos tan presuntuosos que creamos haber llegado á comprender todo lo que hay en el instinto del animal, en la movilidad de las aguas y en la inmovilidad de las rocas? ¿Seremos tan materialistas que neguemos toda realidad posible á lo que no se presenta claro y patente á nuestra vista?

No: por mucho que el ingenio humano se perfeccione y progrese en el conocimiento científico de cuanto nos rodea, no hay ciencia ni progreso que pueda traspasar el límite que la mano de Dios haya puesto á las investigaciones del hombre, por muy fecundas que hayan sido hasta ahora. Por todas partes vemos misterios en lo que nos rodea, que anuncian otros mayores en lo que está lejano. El objeto y destino de los astros es, por ejemplo, un misterio, sujeto sólo á las conjeturas que se forman del universo sideral; nuestra propia vida, con ser lo más encarnado en nosotros y lo más estudiado, es, sin embargo, en su esencia, otro misterio profundo é impenetrable.

Si, pues ignoramos mucho, no parecerá osadía lanzar la imaginación á idealizar algo de lo que nos rodea, revistiéndole de cualidades que acaso no existan, pero que no serían imposibles para la omnipotencia divina y creadora.

El canto monótono de las aves es quizás un lenguaje que ellas, pobres animales, entienden, y que los hombres, presuntuosos sabios, ignoramos; los murmullos del céfiro y los bramidos del huracán dicen algo, cuya sublimidad desconocemos; el perfume de las flores encierra tal vez misterios superiores al de la simple impresión agradable que nos produce; y si bien estos y otros movimientos de la naturaleza forman parte de la sublime armonía de la creación, el carácter y alcance de esa armonía nos es desconocido y la percibimos vagamente sin comprenderla. ¿Cuán limitada es nuestra inteligencia!

En los objetos que parecen materia trivial é insignificante hay quizás vida oculta que escapa á nuestra penetración, movimientos y transformaciones sucesivas que duran ya siglos y que revelan en la creación oculta una sublimidad, superior tal vez á la creación que ven nuestros ojos.

¿Hay nada más vulgar, al parecer, más insignificante que una gota de agua? Y sin embargo ¡qué prodigios encierra contemplada con el microscopio! La gota se convierte en un lago donde viven, crecen, luchan y mueren una multitud de diminutos animales. Cuando decimos que el agua está limpia y pura, no expresamos una verdad exacta, porque sólo hablamos de la limitada pureza que alcanza la imperfecta visión nuestra.

Bajo otro punto de vista, ¡qué enseñanzas hallaríamos en esa gota de agua si pudiera dejarnos penetrar su origen, su naturaleza, toda su peregrinación y transformaciones, todos los destinos que ha tenido y los fines que ha cumplido desde que Dios la destinó para formar parte de un manantial escondido en la tierra ó de la masa insondable de las aguas del mar!

La vida de esa gota es un prodigio; no perece; no se extingue; se transforma; elemento poderoso y el más indispensable de todo organismo animado, el agua puede existir sola; pero ninguno de esos organismos puede vivir sin ella.

Mientras escribo esto, empieza á caer menuda lluvia; una gota se desliza por los cristales de mi balcón. Detente, gota de agua; quiero investigar tu historia y tu procedencia; tal vez llegas aquí desde los confines del mundo. Quizás fuiste parte del diluvio universal que inundó la tierra en los tiempos bíblicos; pasarías luego, filtrando las capas permeables del suelo, á constituir con otras un manantial que brotó después y llegó á ser arroyo, río y mar; tal vez, después de varias vicisitudes, estu-

viste miles de años en estado de congelación, formando parte de las montañas de hielo que rodean el polo ártico; quizás estabas en la masa de ese hielo en que pereció el valeroso Franklin y viste los trabajos y aventuras atrevidas de Parry, Hudson, Melville, Scoresby y otros famosos descubridores de los mares polares; sobre ti se habrán mecido las piraguas esquimales en el estrecho de Smith, las barcas groelandesas en el mar de Baffin y los modernos buques de vapor en el Atlántico; llevada por sus corrientes habrás llegado á las plazas europeas y en blanda ola rizada habrás besado las arenas andaluzas; desde allí la atmósfera, sedienta de humedad, te habrá absorbido á la región de las nubes y ahora caes en los cristales de mi gabinete. Gota de agua polar, llegada aquí en tan larga peregrinación ¡cuánto me dices y que admirable me pareces en tu esencia y en tu forma! Tú sola bastarías para demostrar la omnipotencia de Dios, si no lo proclamase á gritos de irresistible elocuencia todo cuanto existe en el universo.

Pero si de este punto de vista, puramente físico, pasamos á considerar la gota de agua como un reflejo de nuestra vida moral, ya no es un simple conjunto de moléculas movilizadas; puede representar algo más; puede ser la manifestación más hermosa de las más hermosas emociones de nuestro corazón; puede convertirse en lágrima. ¿Sabéis lo que las lágrimas significan?

Hay un estado de nuestro espíritu, triste ó alegre, pero que nos impresiona profundamente, en que el alma necesita expansión y no la encuentra; el lenguaje de las palabras es insuficiente, el de los ojos puede decir algo más que ellas; y para decirlo mejor y de un modo más expresivo, arroja por los párpados gotas, que son como perlas del sentimiento, porque nacen al impulso de una exuberancia de sensibilidad, imposible de reprimir. Eso son las lágrimas.

Sufre el alma un dolor grande, una pena devoradora que nos corroe y nos consume; las lágrimas son su único desahogo; quizás su único consuelo... ¡Infeliz del que sufre y no puede llorar!

Nos embarga, por el contrario, un gozo extraordinario, de esos pocos que Dios concede en esta vida. tal vez para hacernos vislumbrar un ligero destello de las delicias de otra inmortal: pues bien, tampoco las palabras son lenguaje expresivo para las grandes alegrías; también las lágrimas las reemplazan como desahogo de la felicidad.

Y en los grandes afectos y pasiones, en toda la existencia moral del corazón humano, cuando éste se halla verdaderamente impresionado, la boca calla porque su elocuencia es pobre; las lágrimas salen espontáneamente á revelar una profunda emoción de ternura, que no cabe ya en el interior del alma.

Finalmente, entre todas esas expansiones que producen la gotalágrima, hay una igual ó superior á las más superiores que pueden sentirse, que está al nivel de aquella sublime emoción de la mujer en las dos épocas más notables de su vida, la primera vez que ama y la primera vez que es madre. Tal es la del enternecimiento del bienhechor al socorrer á un desdichado, la cual se cruza con la que produce la gratitud del socorrido. La caridad las hace brotar á un mismo tiempo. ¡Bendita y santa caridad que tales emociones produce y tales gotas lágrimas arranca!

Gota de agua, tan limitada y sencilla como parecen, yo admiro en ti al Criador, como puedo admirarle en las más espléndidas manifestaciones de su omnipotencia. Si físicamente eres un prodigio digno de fijar la atención de todos, permita Dios que en un sentido moral la sienta escaparse de mis párpados al aspecto de toda buena acción y te vea igualmente sobre la mejilla de las personas queridas, como auréola de sus puros sentimientos y de la bondad de su alma.

ANTONIO GUEROLA.

## ERROR GROSERO

### I

A la luz del sol naciente,  
Salvando las altas lomas,  
Van con rumbo hacia el Oriente  
Dos blanquísimas palomas.

Huyen de la selva oscura  
Con arrebatado vuelo...  
¡Cómo brilla su blancura  
Sobre el limpio azul del cielo!

Con vuelo vertiginoso  
Buscan, en su afán constante,  
La soledad, el reposo,  
Y aire puro, y sol radiante.

### II

A la luz del sol naciente,  
Dos sapos, entre malezas,  
Asoman pausadamente  
Sus repugnantes cabezas.

Y al sumergirse en el lodo  
De putrefacta inmundicia,  
Dicen ambos, á su modo:  
— ¡Qué delicia! ¡qué delicia!!

» Las palomas en las lomas,  
» De esto quizás no se acuerden;  
» ¡Desventuradas palomas!  
» ¡No saben lo que se pierden!! »

### III

No olvide este infame juicio  
La inexperta juventud:  
También en el mundo el vicio  
Compadece á la virtud.

J. FEDERICO MUNTADAS.

## CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LA RELIGIOSIDAD DE LA ISLA DE CUBA

### I

**N**o sé si equivocaré el concepto que he formado de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA al borrajear esta Memoria para sus columnas, bajo el supuesto de que esta Revista se propone ser un archivo de noticias, datos y conocimientos referentes, no sólo á la civilización cristiana del mundo contemporáneo en general, sino á la particular de un país determinado, para que las generaciones venideras puedan juzgar la nuestra en puridad de verdad; pero sea ó no así, sálveme mi buen deseo si no acierto á corresponder á ese fin, y resuelva el Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, si este ligero trabajo merece los honores de verse en letras de molde en sus páginas, ó de ir á la cesta de papeles inútiles, cosa que reservo á su buen criterio.

Que la sociedad cubana fué en tiempos pasados eminentemente religiosa, no cabe dudarlo. La España católica de la época del descubrimiento de este nuevo mundo puso á todos los países descubiertos en sus moldes cristianos, y su cultura, sus costumbres, su ciencia, sus instituciones; todo fué formado por el espíritu de la fe, que era el alma de la civilización de la madre patria, que á empeño tomó criar á sus pechos y educar á sus nuevos hijos en su regazo, como hijos de la fe, pues fué ideal de Isabel I, al prestar su ayuda á Colón, convertir á la luz del Dios verdadero á los millares de almas infieles que vivían en las sombras de la muerte.

No hay más que recorrer las calles antiguas de esta ciudad y las de los pueblos del interior; casi todas llevan nombres de Santos, guardando contraste con las poblaciones que nuevamente se fundan, como v. gr., la del Vedado, cuyas calles se llaman con las letras del alfabeto, como quieren, ó por números, que se bauticen, ó por mejor decir, que se nombren también los hombres de ciertas escuelas modernas que pretenden borrar del mundo hasta los vestigios del nombre de Cristo. ¡*Quantum mutatus ab illo!* Nuestros padres fundaban sus casas y las ciudades mirando al cielo, y nosotros queremos vivir y que vivan nuestros hijos cabizbajos, mirando á la tierra, como cuna y reino futuro de nuestra existencia. ¡Y se dirá todavía que nuestros ideales se inspiran en regiones más altas que las de nuestros abuelos!

Voy á confiar á pluma mejor cortada que la mía y testigo mayor de toda excepción, el señalar á qué causas se debió esta mudanza, aparte otras políticas de que no quiero ocuparme, respetando el carácter antipolítico de la Revista á que destino este escrito. Hablando de la supresión de los conventos que existían aquí, y que fueron abolidos de orden del Gobierno supremo de la Metrópoli, y de las consecuencias de ella, dice: «La mayor parte de estos conventos, habitados en general por religiosos nacidos en Cuba ó otros países de la América latina, eran instituciones enseñantes ó caritativas, que hicieron siempre mucho bien, y que por largo tiempo fueron



los únicos focos de donde se derramaba la instrucción y la benevolencia y caridad sobre el país. La universidad era una institución de los frailes de Santo Domingo, sostenida por ellos, y en que se daba la enseñanza ó gratuitamente ó con un costo insignificante. El colegio Seminario de San Carlos era una institución eclesiástica. Los conventos de religiosos de San Francisco, de San Agustín y de nuestra Señora de la Merced daban clases gratuitas de diversos ramos. El Hospital de San Juan de Dios y el de Belén eran instituciones exclusivamente religiosas. Todos ejercían además la caridad en grande escala. «Y después de explicar cómo vino abajo todo eso, quedando convertidas las iglesias y los conventos dedicados á profanos servicios, continúa: «Con esta acción de los liberales de España, que, sin embargo, están siempre pregonando que fué esta nación la que trajo á América el Evangelio, se puede comprender á qué estado debía de reducirse pronto la religión en el país. Así fué que cuando llegó á la isla de Cuba el teniente general D. José de la Concha y escribió sus memorias otras veces citadas en este libro, no pudo menos de consignar en ellas este cuadro, que no es por cierto exagerado: «la tristísima situación á que el culto y clero han llegado en la isla de Cuba, es la mejor prueba del abandono en que por largos años vienen allí encontrándose todos los intereses morales...

...No sólo es de lamentar el escaso número de eclesiásticos y de templos... el abandono en que por largos años ha estado la educación del mismo clero, y la ruina con que muchas de las iglesias, ermitas y oratorios amenazan, hacen aún más lastimoso el cuadro que el culto y clero ofrecen, hasta el punto de poder decirse, no ya de la población esclava que aglomerada en los ingenios carece de instrucción y pasto espiritual, sino de la misma, blanca y de color, que una buena parte de ella nace, vive, se enlaza y muere, sin tener quien la bautice, case y entierre... La situación religiosa de la isla ha venido á tal extremo, que no es posible asegurar para algún tiempo un cambio verdaderamente favorable, si resolviéndose á satisfacer todas las necesidades que la isla siente en este ramo, que tanto influye en la sociedad, no adopta el Gobierno grandes medidas. El cuadro está bien trazado y sobre fondo de verdad; mas no es cierto lo que en seguida añade: «*Estas nunca se adoptaron*»: no, esto no es exacto.

El Gobierno supremo trajo á los religiosos de la Compañía de Jesús y les entregó el convento de Belén, donde establecieron un magnífico colegio con buenos gabinetes de física é historia natural, y con un observatorio meteorológico dirigido por el sabio cuanto modesto P. Viñes, á quien sólo puede querer robar su mérito la pasión antijesuitica, que no ningún verdadero amante de la ciencia y hombre de verdad, pues su reputación está bien sentada en los centros científicos de los Estados-Unidos y de Europa. Y si bien la misión especial de la Compañía de Jesús es la instrucción, no por eso desatienden el culto, que han engrandecido con celo, mejorando en cuanto cabe el reducido espacio de su templo, y ejerciendo el ministerio de la predicación en esta ciudad y en las poblaciones del interior: donde quiera que interesa la mayor gloria de Dios, en pos de la cual va siempre el progreso del bienestar social, allí están los hijos abnegados de San Ignacio.

El Gobierno trajo también á los escolapios, y bastóle hacerles entrega del casi en ruinas convento de San Francisco de Guanabacoa, para que estableciesen colegio para maestros normales y para los estudios de primera y segunda enseñanza, mejorando el edificio en su parte material, y agrandándolo en términos que no creemos exagerado el cálculo de que habrán invertido en esas obras nuevas y en sus excelentes gabinetes de física, historia natural, dibujo, etc., muy cerca de 300.000 duros oro.

Debiendo advertir que tanto en uno como en otro colegio, hay un buen número de plazas para los hijos de militares y huérfanos que quiera agraciarse el Excmo. Sr. Gobernador general, para que sean educados gratuitamente, y que no sólo proporcionan la instrucción primaria y la de segunda enseñanza á los internos, sino también á un gran número de externos, á muchos por media pensión, y á muchísimos gratuitamente.

Fuera de que ejercitan una y otra comunidad la caridad material á gran número de personas y familias pobres, que jamás acuden á sus puertas vanamente. No le es difícil cerciorarse de esto al que quiera saber la verdad.

Igualmente llamó á los sacerdotes de la Congregación de Misioneros de San Vicente de Paúl, y les entregó el viejo templo de la Merced con una pe-

queña parte habitable de lo que fué convento, y ¿quién ignora el nombre del P. Viladaz, su superior, no digo en la Habana, sino en la isla de Cuba? ¿Quién no es testigo aquí de su caridad, de su actividad, y sobre todo de su fe en la Providencia divina, en cuya virtud emprendía obras sin tener una peseta, con la confianza de que el día de pagar cuentas había de tener dinero con que satisfacerlas? Como que así sucedía, y podríamos contar casos extraordinarios, que sólo un descreído y ciego podría calificar de casualidades ó coincidencias, pero que otro cualquiera los admira, cual si lo viera, y realmente ve con los ojos del alma, como ejemplo práctico de la concurrencia divina en las obras de aquellos que las hacen con aquella fe que traslada las montañas. Un día le pregunté yo cuánto llevaría ya gastado, y me contestó que pasaba de 200.000 pesos. Y toda esta suma era producto de limosnas. Y es que la caridad no gusta de exhibirse, y se ejercita ocultamente. El P. Viladaz recibía cuantiosas limosnas sin saber quién se las mandaba; porque los donantes estaban bien seguros de que en sus manos no quedaba ni el polvo del dinero que á ellas iba para fines piadosos. «¿Cuándo cesará usted, le preguntaba yo, de hacer obras?» «Nunca, me contestaba. La Santísima Virgen de las Mercedes merece más, merece todo.» Así es que hoy el templo de la Merced es tan magnífico, que honra á la Habana y honraría á Madrid.

Con los PP. Paules vinieron las Hermanas de la Caridad que actúan bajo la dirección de ellos, y hoy sirven en el hospital Civil, en el Militar, en la Beneficencia, en San Lázaro y en alguno que otro colegio de niñas pobres.

Además, el actual señor Obispo ha confiado á los Paules la dirección del Seminario conciliar, y por consiguiente en sus manos está el futuro clero parroquial. Amén de que no son pocos en la predicación, que ejercen ya aquí, ya en el interior. Y han establecido ya otra casa en Santiago de Cuba.

El Gobierno se había apoderado de la iglesia de San Francisco, propiedad de los Hermanos Tercerarios; pero dándoles en cambio la de San Agustín, con local bastante corto para unos siete congregados. Hasta hace poco corrió su culto pobremente: mas desde que tomó á empeño el hermano mayor Dr. D. José María Ramírez Ovando embellecerla, ha llegado verdaderamente á ser, después del de la Merced, un templo hermosísimo, y el culto público se ha acrecentado mucho desde que en las plazas de los congregados se han establecido los padres Carmelitas, venidos con autorización del Gobierno supremo, hará unos tres años. Lástima que no puedan disponer, para ensanche de la comunidad, de la parte del convento que ocupa la Academia de Ciencias, por más que en más de una Real orden se ha dispuesto que se les entregue, procurando á dicha corporación científica otro local conveniente.

No son éstas las únicas comunidades religiosas que se han establecido con la autorización del Gobierno. Ahí está, para honra de la Habana, el colegio del Sagrado Corazón de Jesús, donde se educan gran número de jóvenes que un día han de ser madres de familia y piedra cimental, como tales, de una resurrección religiosa. Sin que la influencia de esas buenas religiosas se limite á la educación. Por razón y virtud de su instituto forman un centro de atracción á muchas señoras y señoritas, y juntándolas en haz apretado, por medio de su Asociación, con el título de Hijas de María, las convierten en apóstoles de doctrina y ejemplos de virtudes cristianas; hermosas flores del vergel cristiano, que adonde quiera que van, con su medalla de plata al pecho, van predicando á Dios y despidiendo aroma cristiano.

Ocupaba antes esta comunidad una casa particular, sita en la Calzada del Cerro, hasta que con sus economías construyeron de nueva planta un magnífico edificio, y á él se trasladaron; hoy ocupa aquélla otra comunidad religiosa, muy conveniente al objeto especial de robar al diablo sus instrumentos de corrupción, á saber: las religiosas del Buen Pastor, que tienen el triple objeto: 1.º, de recoger las Magdaleñas arrepentidas; 2.º, las jóvenes expuestas por su orfandad, por su pobreza ó por otras causas á un inmediato peligro de perdición; y 3.º, á la instrucción pública de gente pobre donde no haya escuelas públicas. Para su establecimiento fué comprada esa casa por varias señoras piadosas, que actualmente la preside la señora marquesa de San Carlos de Pedroso, con los recursos proporcionados por mil modos, que el espíritu de caridad, ingenioso de suyo, les ha sugerido, y hoy tienen establecido un taller de cigarrería, y en vía de realización un departamento-asilo bajo la denominación de Nuestra Señora de los Desamparados, para otros trabajos, cuyo producto ha de servir para el sostén y aumento del instituto.

Finalmente, la Habana cuenta, de dos años á esta

parte, con otras dos instituciones religiosas: la de las Siervas de María, que, como rama desprendida del tronco plantado en Santiago de Cuba, se ingirió aquí hace como dos años, y ha merecido los favores del público, que las considera como una bendición del cielo, y en comienzo se halla el establecimiento de las Hermanitas de los Pobres, que, viéndose obligadas á retirarse de Trinidad, donde hace años estaban establecidas por el Excmo. Sr. Obispo actual de Avila, por el estado de desolación y ruina á que ha venido después de la guerra esa poética y antes rica y sibarítica ciudad, han sido acogidas, cual enviadas de Dios, precisamente en el momento más oportuno para que se cumpla la última voluntad de la piadosa Sra. Excmo. Doña Susana Benítez, que destinó cuantiosa suma en su testamento para una fundación en esta ciudad de una casa de caridad servida por esos ángeles.

¿Y se podrá negar su trascendental influencia en las ideas y en las costumbres de estas religiosas? No se pregunta cualquiera al saber de ellas: «¿Por qué y para qué roban las primeras al día veintiuna horas para consagrarlas, al pie de una cama de rico ó pobre, al cuidado de un prójimo desconocido, sin retribución, con sólo tres horas de descanso, y recibiendo para su alimento la comida que les den, si se la quieren dar? ¿Para quién piden limosna las segundas corriendo calles y plazas?» «Por los ancianos pobres y desvalidos.» «Pero, ¿por qué se interesan tanto en pro de desconocida gente, que no les ha de pagar sus servicios sino con disgustos?» «¿Y no deja huella alguna la respuesta á estas preguntas: por amor de Dios, que cierra las puertas del cielo á quien no ame al prójimo como á sí mismo, como hijos que somos todos de un Padre común, que así quiere que nos amemos por Él como hermanos?»

Ahora bien: no se dirá después de esta relación que, después que se amansó la fiera revolucionaria, ha desatendido el Gobierno supremo la causa religiosa, puesto que, si no por su iniciativa, con su aprobación y apoyo, han tenido su restauración algunos de los conventos suprimidos, y han germinado nuevas comunidades religiosas. Y no puede tampoco decirse en verdad, porque ahí habla en contrario la acusación que hace tres años se dirigió al Gobierno, de *ultramontanismo*, y según Mr. Gladstone, el elemento *ultramontano* es la porción selecta del catolicismo.

Pasemos ahora, en capítulo aparte, á dar noticia de otros elementos más independientes ó más lejanos á la acción gubernamental.

A. Y Z.

(Se continuará.)

## BIBLIOGRAFÍA

*Diálogos de la conquista del Reino de Dios*, compuestos por Fray Juan de los Angeles, de los Menores de la observancia regular, con un prólogo del P. Miguel Mir. S. J. — Madrid, 1885: Nueva librería é imprenta de San José. — Un volumen en 8.º de xxviii-412 páginas.



En aquí una obra de la que tan sólo conocíamos el título, y esto por haberla visto citada en la *Historia de las ideas estéticas en España*, que escribió y publicó no ha mucho el renombrado historiógrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo. Pues, por lo que respecta á la doctrina sublime que tales *Diálogos* contienen; á la belleza en la dicción con que todos ellos están engalanados; á los encantos dulcísimos que produce su lectura en quien la saborea y repite y llega á comprender el ingenioso arte con que los grandes ascéticos españoles del siglo XVI ponían al alcance de la generalidad de los lectores cosas que no son comunes ni vulgares, sino que se rozan con lo más alto y misterioso contenido en la sagrada Teología, totalmente los ignorábamos. Fué, por lo tanto, preciso que el sabio sacerdote jesuita, reverendo Padre Miguel Mir, nuestro muy respetado amigo, nos diera conocimiento y explicación de este precioso libro y aun señalara el sitio donde podíamos encontrar el único ejemplar acaso que de él hoy se conserva, para que nos decidiéramos á buscarle y á reimprimirle, siguiendo en ello el consejo de quien tantos y tan buenos puede dar sobre este asunto, atendidas su erudición vastísima y su virtud acrisolada. Después de lo cual, el lector comprenderá perfectísimamente que nosotros cedamos aquí la pluma al primitivo conocedor y anunciador de los *Diálogos de la conquista del Reino de Dios*, reverendo Padre Miguel Mir, por cuya indicación, consejo, y atendidas todas sus advertencias, se ha reimpreso la mencionada obra, para que quien tan profundamente la conoce y con habilidad tan exquisita sabe exponer el mérito de las que le agradan, hable de ésta y la dé á cono-

<sup>1</sup> Vidas de D. José de la Luz y P. Varela, por D. José I. Rodríguez, impresas en New York en 1879; págs. 237, 38 y 39.



cer á los suscritores LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. En el prólogo que lleva á su frente y con el cual ha favorecido por todo extremo así á la obra como á nosotros,

Dice el reverendo Padre Miguel Mir:

### INTRODUCCIÓN.

Es notoria y confesada por todos la abundancia de libros ascéticos que produjo la Edad de oro de nuestra literatura; es, en verdad, tan grande, que se puede afirmar con toda seguridad no haber nación que sea capaz, no ya de llevar ventaja á España en este punto, pero ni de igualarse ó compararse con ella. En tanta muchedumbre de libros los hay de todas clases y acomodados á todos los gustos é inclinaciones, correspondientes á las varias tendencias ó movimientos que imprime en el alma la gracia multiforme de Cristo, efecto ó emanación de aquel Espíritu Soberano que inspira donde y como quiere, y engendradora de la santa y hermosísima libertad de que gozan los hijos de Dios. Su mérito doctrinal y literario es, por el mismo caso, muy diverso, hallándose al lado de tesoros de valor inestimable, obras donde más que el ingenio y la literatura de sus autores, resplandece la buena voluntad y el deseo sincero de promover la gloria de Dios y la salvación de las almas. En general, predomina lo bueno y aun lo excelente; y no hay escuela ó sección, de las muchas en que se divide la ascética española, que no pueda presentar no ya uno, sino varios escritores de primer orden, así por la solidez y excelencia de la doctrina, como por la hermosura del lenguaje y por la dulzura y elocuencia del estilo.

Nunca se encarecerá ni se estimará en lo que es justo el bien que han procurado á nuestra nación escritores tan excelentes. Escribiendo y divulgando sus libros, ofrecieron al pueblo español alimento sano y que diese vida y fortaleza á su espíritu. Estos libros han andado en las manos de todos, iluminando la inteligencia con la luz de la verdad, inspirando al corazón altos pensamientos, esforzando la voluntad en el bien y derramando por todas partes consuelos y esperanzas; y su benéfica enseñanza ha penetrado de tal manera en lo más íntimo de la sociedad española, que no hay persona medianamente instruída á quien no sean familiares los nombres y los escritos de Avila, Granada, Rodríguez, La Puente y demás autores ascéticos de nuestros buenos tiempos. A pesar de la turbación de los que alcanzamos, estos nombres no sólo no han caído en olvido, sino parece que se han hecho aún más conocidos y populares, repitiéndose las ediciones de sus obras, dándose á la estampa algunas que eran menos conocidas y siendo todas recibidas con singulares muestras de favor. Es este uno de los motivos de cristiana esperanza, que al par que engendran la persuasión de que los males de España no son de todo punto irremediables, esfuerzan el corazón á la continuación de la santa empresa de sacar de la oscuridad los libros de nuestros grandes escritores, para que, en brazos de la estampa, recorran las provincias y comarcas de España y esparzan por todas partes su influencia bienhechora.

Uno de los escritores que más ignorados han permanecido hasta ahora, y que son menos merecedores de este olvido, es el admirable varón Fray Juan de los Angeles, religioso de los Menores Descalzos, Provincial que fué en su Orden y Superior de la Casa de San Bernardino de Madrid, y además confesor de las Descalzas Reales y predicador de la Emperatriz María, hermana del rey D. Felipe, segundo de este nombre. Floreció á últimos del siglo xvi y principios del xvii. Fueron muchos los libros que escribió, y por ellos y por sus trabajos en el púlpito y en el confesonario alcanzó nombre de orador elocuentísimo y de uno de los más afamados maestros de espíritu que hubo en su tiempo, heredero de la fervorosa piedad de San Pedro de Alcántara y gloria insigne de aquella escuela esclarecida, cuyo primer maestro fué el bendito pobre de Cristo, San Francisco de Asís. Publicáronse todos estos libros por los años que corrieron entre el de 1590 y el de 1610<sup>1</sup>, que es decir, en aquel espacio admirable de tiempo en que nuestra lengua tocaba á la cumbre de su perfección y hermosura, y cuando la sublimidad de la enseñanza teológica encontraba en la majestad del lenguaje español su más digno y precioso engaste, y en el estilo y dicción de nuestros escritores el adorno y las galas y preces más excelentes que ha tenido jamás en ninguna lengua humana.

Fuera ocioso y por demás ponderar la bondad de la doctrina que se contiene en los libros de Fray

Juan de los Angeles; baste advertir que escritos por uno de los teólogos más eminentes de aquella edad, la más gloriosa por la excelencia de sus doctrinas é investigaciones teológicas, osténtase en ellos toda la grandeza y sencilla sublimidad propia de los teólogos españoles de aquel tiempo, no menos que la doctrina mística de la escuela franciscana unida á la alteza y profundidad de conceptos de uno de los más profundos contempladores de los misterios divinos que ha habido en España. Mas en lo que toca á la parte extrínseca ó artística de estos libros, ¿quién será capaz de estimarlos en su justo valor? ¿Qué alabanzas serán bastantes á ponderar el mérito de su lenguaje, la belleza de su dicción, la suavidad y dulzura de su estilo? No hay sino pasar los ojos por sus páginas, para convencerse de que Fray Juan de los Angeles no sólo puede compararse con los autores ascéticos más ilustres y celebrados de su tiempo, sino que en muchas cualidades los iguala y rivaliza con ellos y aun los aventaja y excede.

No hay duda que la doctrina que enseña y desenvuelve es de lo más alto y encumbrado á que puede llegar el humano entendimiento; pero ¡qué manera de exponerla tan clara y sencilla! ¡qué estilo tan hermoso y apacible! ¡qué variedad en la dicción! ¡qué corrección y pulimento de la frase! ¡qué esplendor y riqueza y galanura en los adornos! Sobre todo, ¡qué interés! ¡qué regalo! ¡qué dulcísimo y encantador hechizo obra la lectura de estos libros en el alma que se nutre y apacienta con ellos! Con razón un autor moderno<sup>2</sup> ha juzgado á Fray Juan de los Angeles por « uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y de miel. Confieso, añade este docto crítico, que es uno de mis autores predilectos; no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrebatar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre. » Es, en verdad, dulcísimo deleite para el entendimiento y para el corazón la lectura de este escritor maravilloso. La sublimidad de su enseñanza, la apacibilidad de su estilo, la viveza de su imaginación, la ternura de sus afectos, la santidad y pureza que destellan de todas sus páginas nos atraen y como embelesan de tal manera, que sin advertirlo nos identificamos con las ideas y sentimientos que bullían en el pecho de su autor, y aun parece que trabamos amistad con él, y nos lo figuramos vivo y presente, y como que adivinamos los rasgos de su fisonomía; y ya que no nos sea posible gozar de su conversación y presencia, nos consolamos con el pensamiento de que aquella alma suya, tan pura, tan amable y hermosa, vive en la inmortalidad de los bienaventurados, gozando de Dios y ayudándonos con su intercesión en el acatamiento de la Divina Majestad para obrar el bien y ejecutar la virtud y vencer las dificultades y asperezas que se ofrecen en el camino de la vida cristiana.

Los *Diálogos sobre la conquista del Reino de Dios*<sup>3</sup> son una de las obras de Fray Juan de los Angeles donde aparecen más de realce estas bellas cualidades. Tal vez no encierran un sistema de doctrina tan vasto y bien trabado como *Los triunfos del amor de Dios*; pero de seguro están escritos con mayor sencillez y corrección, y con mayor dominio, suavidad y riqueza de la lengua. Siendo sumas las dificultades que ofrece el diálogo, y tan grandes que en ellas se estrellaron no pocos de los escritores más insignes, Fray Juan de los Angeles las vence con una facilidad realmente asombrosa; á pesar de no haber hecho entrar en él más que dos personas, maestro y discípulo, sabe dar tanto interés á la conversación, que el lector no puede soltar el libro de la mano; antes, poseído de una especie de encantamiento, pasa página tras página, siguiendo embebecido la serie de las preguntas y respuestas, y figurándose asistir con su presencia á aquella plática sabrosísima. En fin, quien desee ver de qué manera los grandes ascéticos españoles del siglo xvi sabían poner al alcance del común de los lectores cosas que no son comunes ni vulgares, sino que frisan con lo más alto y misterioso que encierra la Teología, leo estos *Diálogos* bellísimos, y al par que sentirá envestirse y bañarse su alma con la luz de las ideas más grandes y sublimes, verá levantarse en su espíritu movimientos y afectos dulcísimos, y percibirá al propio tiempo algunos de los secretos de aquel arte prodigioso con que nuestros autores ascéticos

lograron dar forma á los conceptos más abstractos de la mente, haciendo á su lengua esclava de su inteligencia y atando la pesadumbre de la materia á las alas sublimes del espíritu.

Esta obra, que fué la delicia y el alimento espiritual de nuestros mayores, es la que sale hoy nuevamente al público, adornada con todos los primores del arte de la imprenta. Es cierto que la turbación de los tiempos en que vivimos y el espectáculo de las pasiones más miserables, cuyo desenfreno y estragos se nos vienen á cada momento á los ojos, no pueden ser más contrarias á la severidad de la doctrina y á la pureza y santidad de los afectos que resplandecen en el libro de Fr. Juan de los Angeles. Si atendiésemos á esto, poco podríamos esperar en el éxito de este libro; pocos habrían de recrearse en la lectura de páginas tan puras y hermosas; pero en medio de las miserias que presenciarnos, es de esperar que las divinas misericordias no se han agotado. A vuelta de tantas almas sumidas en los goces de la materia y en las tinieblas del vicio y del pecado, hay seguramente otras que conocen por experiencia la muchedumbre de bienes que ni ojo vió ni sintió el oído, ni caben en la sospecha del corazón del hombre, que tiene Dios reservados á sus siervos y amadores; á éstos va dirigido este libro; ellos podrán saborear la dulzura y belleza de la doctrina encerrada en los *Diálogos de la conquista del Reino de Dios*, y sacar de su lectura grata y provechosa enseñanza.

MIGUEL MIR, S. J.

Para que nuestros lectores puedan formar idea exacta de esta obra, á continuación insertamos su índice:

### INTRODUCCIÓN.

*Al muy Alto y Serenísimo Príncipe el Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, Legado de latere de la Santa Sede Apostólica.*

### AL LECTOR.

*Diálogo primero.*—De la vida interior y centro del alma ó reino de Dios: de la armonía del hombre y de la verdadera inteligencia del mandamiento del amor.

*Diálogo segundo.*—En que se trata de la conquista del reino de Dios, que está dentro de nosotros, y de la verdadera penitencia y destierro de los pecados, que destierran de nuestras almas este reino.

*Diálogo tercero.*—De cuatro partes ó entradas para el reino de Dios, que son: humildad, abnegación de la propia voluntad, tribulación sufrida con paciencia, y muerte de Cristo nuestro Redentor.

*Diálogo cuarto.*—De la tercera puerta por donde se entra al reino de Dios, que es la tribulación.

*Diálogo quinto.*—Puerta cuarta de la Pasión del hijo de Dios, Redentor y Señor único de los hombres.

*Diálogo sexto.*—En que se prosigue la materia de la Pasión de Cristo nuestro Redentor, y de lo que obró su atenta consideración en nuestro padre San Francisco y otros Santos, y del primer jayán y enemigo que defiende la entrada del reino de Dios.

*Diálogo séptimo.*—De los once enemigos que dificultan la entrada en el reino de Dios.

*Diálogo octavo.*—De los ejercicios en que se ha de ocupar el contemplativo que ya descubrió el reino de Dios en su alma y le conquistó.

*Diálogo noveno.*—De cómo el alma ha de salir á las criaturas y encerrarse dentro de sí misma.

*Diálogo décimo.*—De la uniformidad de las introversiones ó entradas del alma á su íntimo ó centro, que propiamente es el reino de Dios y del recogimiento.

### CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Tinta indeleble.*—Utilizando la propiedad que tiene el bicromato de potasa de hacer insoluble á la gelatina bajo la influencia de la luz, se puede preparar una tinta indeleble que, después de seca al sol sencillamente, no podrá borrarse ni con el agua caliente, ni con los ácidos, ni con los álcalis, ni mucho menos con el jabón.

La receta que tomamos de un periódico italiano *Il Progresso*, es como sigue:

Se funde en 50 gramos de agua dos gramos de gelatina y dos de bicromato de potasa; después en 50 gramos, también de agua, se disuelve aparte cualquier color de anilina que se quiera dar á la tinta entre los diversos que se conocen de esta clase, obtenidos, según sabemos, de las breas; en seguida mézclase todo, encerrando los líquidos reunidos en un frasco de cristal de color. Si la mixtura

<sup>1</sup> D. Marcelino Menéndez, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II, pág. 139.

<sup>2</sup> El título completo tal como consta en la portada de la edición del año de 1610, que ha servido para la presente, dice así: « *Diálogos de la Conquista del espíritu y secreto Reyno de Dios*, que según el santo Evangelio esta dentro nosotros mismos. En ellos se trata de la vida interior y divina, que bue el alma unida á su Criador por gracia y amor transformante Compuestos por Fray Ivan de los Angeles, Predicador Descalzo de la Provincia de S. Joseph de los Menores de Observancia Regular, dirigidos al Serenísimo Príncipe Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, etc. » Para ajustarnos al gusto moderno, hemos creído conveniente abreviar esta portada, presentándola en forma más sencilla.

<sup>3</sup> Puede verse el índice de estos libros en la *Biblioteca* de Nicolás Antonio.



esulta demasiado densa, se puede disminuir la cantidad de la primera disolución de gelatina y bicromato de potasa, y si resultara clara de color, sería preciso añadir algo más de la coloración de anilina, hasta que con tales ingredientes se logre un punto medio conveniente.

Con esta receta puede la pequeña industria obtener alguna ganancia preparando tintas indelebiles, que pueden resistir la intemperie y los lavados sucesivos á que se someten las ropas.

*Para fijar la escritura.* — Para impedir que la

tinta se extienda sobre el papel, se prepara éste lavándolo con una esponja empapada en una disolución de alumbre en agua. Luégo que se haya secado el papel, está ya preparado para el dibujo, y constituye el papel que los fabricantes llaman papel para la aguada. Un pedazo de alumbre del tamaño de una nuez basta para un vaso de agua de los ordinarios.

*La esparraguera.* — Las yemas subterráneas de esta planta vivaz producen brotes tiernos, que son los espárragos. Pertenece á la familia de las amilá-

ceas, género *asparagus*, L., que comprende, entre las especies silvestres: el espárrago negro ó triguero y el amarguero, y de las cultivadas, el espárrago común, del cual hay muchas variedades, como el verde de Santorcaz, de mediano tamaño, pero tierno y comestible casi todo, el blanco de Aranjuez, el violeta, el morado de espárragos muy gustosos y apretados, etc.

La esparraguera se multiplica por siembra en Febrero ó Marzo, en terreno bien labrado, y hecha á voleo ó en líneas, remojando previamente las semillas durante seis ú ocho horas, sobre todo para



EL ASILO DE SAN GOTARDO EN LOS ALPES.

iembras tardías. Al año siguiente se hace la plantación definitiva, dividiendo al efecto el terreno en fajas de un metro de ancho, que se cavan en invierno, formando un hoyo de 30 centímetros de profundidad, el cual en Febrero ó Marzo se estercola con abundancia, y en él se colocan las plantitas en tres filas, y distantes un pie del inmediato, 40 centímetros, rellenando las zanjás con tierra de buena calidad. Durante el estío se limpia el terreno de hierbas, y en Noviembre ó Diciembre, cuando los tallos comienzan á desecarse, se cortan al ras del suelo. En la primera quincena de Marzo, ó antes si no hay que temer heladas, se bina el suelo dando un ligero recalce á las esparragueras. Al tercer año se comienzan á cortar los espárragos más gruesos, y en los siguientes desde que empiezan los brotes, continuando la recolección hasta el mes de Junio.

Algunos agricultores aconsejan regar los esparragales con solución de silicato de potasa que marque sólo 4 grados Beaumé, que á su vez se diluye en cuatro veces su volumen de agua; así parece resultan los espárragos más gruesos.

*Incendios de las chimeneas.* — M. Putzeis ha ideado un aparato muy sencillo que obra automáticamente para apagar los incendios que se declaren en las chimeneas. Consiste en dos obturadores de forma cónica invertidos, situados respectivamente en la base y cúspide de la chimenea, encima de unas placas de palastro en forma de embudo, con un agujero central para dar salida á los productos de la combustión. Los conos ú obturadores están sostenidos por una cadena que tiene algunos eslabones de plomo. Cuando por efecto de un incendio en la chimenea se eleva la temperatura más de lo ordi-

nario, se funden los eslabones de plomo y caen los obturadores que sostenían, dejando cerradas las aberturas de que se ha hecho mención. Además el obturador superior está lleno de azufre, que se vierte en la chimenea, y todo contribuye á apagar el incendio, cuyo siniestro se advierte además por un timbre eléctrico, que al caer el obturador le hace funcionar.

*Las motas en los ojos.* — El periódico *Herald of health* indica un procedimiento muy sencillo para sacar las motas de los ojos, como partículas de carbón ó cenizas que se introducen al asomarse por la ventana de un wagón de ferrocarril, que, como es sabido, molestan extraordinariamente.

El procedimiento consiste en introducir en el ángulo del párpado uno ó dos granitos de harina de linaza. La materia oleaginosa que éste contiene atrae hacia sí los cuerpos extraños, saliendo ellos mismos; y después se limpia todo con un pañuelo.

*Pavimentos.* — Los desperdicios del corcho en pedazos pequeños aglomerados con asfalto, constituyen una excelente mezcla para revestir los pavimentos, con la cual se pueden hacer baldosas, ó bien cubrir toda la superficie de la habitación para que no resulten junturas. Este embaldosado es sumamente ligero, impermeable, insonoro, atérmano y elástico, y resiste muy bien los cambios de temperatura.

## ADVERTENCIAS

Con el número anterior se enviaron á nuestros suscritores los prospectos del año actual, esperando de su interés por nuestra Revista, verdadera obra de caridad, que los difundan entre personas que puedan suscribirse.

Con este número se reparte el índice del tomo 8.º ó sea el del año 1885.

Rogamos encarecidamente á todos los suscritores cuya suscripción se halle vencida, que se sirvan renovarla lo antes posible, para facilitar el trabajo de la Administración del periódico, y no ocasione perjuicios á la general del *Asilo*.

## CORREO

El Sr. D. M. J. R. de La Bañeza, antiguo suscriptor á esta Revista, y persona de nobilísimos y piadosos sentimientos, nos ha remitido, con su renovación, una limosna de 90 reales para el *Asilo*.

El Sr. D. A. A. D. suscriptor también celosísimo de toda obra buena, 40 reales.

Otros varios suscritores envían también con sus renovaciones para el año actual, algunas limosnas para los huérfanos. Dios se lo pague á todos.